

Aventuras de «la mano negra»

HANS JÜRGEN PRESS

Ilustraciones HANS JÜRGEN PRESS

 Camaleón



 Camaleón

Aventuras de «la mano negra»

HANS JÜRGEN PRESS

Ilustraciones HANS JÜRGEN PRESS

Traducción JOSÉ SÁNCHEZ LÓPEZ

PLANETA & OXFORD

6.^a EDICIÓN

Título original: *Die Abenteuer der «schwarzen hand»*
De Hans Jürgen Press

© Otto Maier Verlag Ravensburg, 1965
© de la traducción, José Sánchez López
© Editorial Espasa Calpe, S. A.
Complejo Ática (edificio 4). Vía de las dos Castillas, 33.
Pozuelo de Alarcón, Madrid
© Oxford University Press España, S. A.
Parque Empresarial San Fernando. Ed. Atenas. 28830 Madrid
Oxford es una marca registrada por Oxford University Press
© de las características de esta edición, Editorial Planeta, S. A.
y Oxford University Press España S. A.

Primera edición en esta colección: marzo 2004
Segunda a quinta impresión en esta colección: febrero 2005 a setiembre 2007
Sexta impresión en esta colección: julio 2008
ISBN: 978-84-96336-14-8
Depósito legal: M. 35.635-2008
Impreso por Brosmac
Impreso en España – Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

FICHA BIBLIOGRÁFICA

JÜRGEN PRESS, Hans
Aventuras de «la mano negra», Hans Jürgen Press ; ilustraciones de Hans Jürgen Press ; traducción de José Sánchez López – 6ª impresión en esta colección Barcelona: Planeta & Oxford, 2008
Encuadernación: rústica ; 192 págs. ; il. b/n ; 13 x 19,5 cm – (Camaleón. Serie verde ; 3. A partir de 10 años)
ISBN: 978-84-96336-14-8
087.5: Literatura infantil y juvenil
821.112.2-3: Literatura alemana. Novela
Tratamiento: aventura. Tema: policías y detectives



El inspector de policía Faraldo caminaba lentamente por la calle del Canal cuando se detuvo ante el portal número 49 y observó un papel amarillento en el marco de la puerta. Era la hoja de un cuaderno escolar con la huella negra de una mano. El policía meneó la cabeza sonriendo y murmuró en voz baja: «¡Ah! La juventud de hoy es capaz de cualquier cosa». Pensó en una pandilla que se llamaba «la mano negra» y que había perseguido con éxito a algunos rateros.

En esa casa, después de subir setenta y dos crujientes escalones, justo debajo del palomar, estaba *el aeropuerto*. Allí se reunía «la mano negra», generalmente después del colegio. Félix, el jefe, con su trompeta; Adela, la astuta mu-

chacha; Rollo, con su jersey de rayas; Kiki c. a. y su asidua acompañante, la ardilla («c. a.» significa «con ardilla»).

Las aventuras de «la mano negra» habían comenzado un año antes en *el aeropuerto*. En este libro verás cómo se hicieron detectives aquellos chicos.

Busca la solución en cada dibujo y anótala en un papel siempre que hayas acertado. Encontrarás la respuesta en el texto de la página siguiente. Lee texto y dibujos con atención y cuando termines el libro, suma todos los aciertos. En la página 187 tienes la clave para poder evaluar si eres un buen detective o... si necesitas afinar tus dotes de observación.

LA CASA MISTERIOSA

1. Una señal segura

Durante una hora «la mano negra» estuvo tranquila en *el aeropuerto* haciendo los deberes. Rollo mordía su estilográfica y miraba pensativo a través de los cristales sucios.

Sonó un «crac», Kiki c. a. partió una avellana a su ardilla y escupió las cáscaras en una lata de conservas vacía. Rollo arrugó la frente.

—¿Alondra se escribe con h o sin h? —murmuró.

—Eso depende de si es gris o verde —contestó Adela, y se echó a reír.

—Yo, naturalmente, pienso en un pájaro como el de arriba, en el... ¡Caramba! ¡No es po-

sible! —Rollo limpió el cristal de la ventana.

—¿Qué no es posible? —preguntó Félix.

—Que ahí enfrente viva alguien —contestó Rollo—. ¡Si la casa está vacía desde hace tres años!

Toda «la mano negra» se precipitó hacia la ventana.

—Pero si todo el mundo sabe que en el chalé de enfrente sólo viven unas cuantas ratas —exclamó Kiki c. a.—. Mirad, las ventanas y las puertas están atrancadas.

—Déjame ver. —Y Adela apretó la nariz contra los cristales de la ventana. Después de un rato dijo—: Yo creo que Rollo tiene razón, realmente en esa casa vive alguien.

¿Qué demostraba que había alguien en la casa misteriosa?



2. *El tacón en la pared*

Para «la mano negra» la cosa estaba clara: en la casa misteriosa había una persona, según lo demostraba la chimenea humeante. Por ello, comenzaron a investigar sin descanso. Y cinco días más tarde la perseverancia tuvo su recompensa. Por la tarde, Adela vio desde la ventana de *el aeropuerto* cómo una figura masculina saltaba la valla del atracadero de los botes.

A la mañana siguiente, antes de ir al colegio, «la mano negra» se reunió para examinar a fondo la valla.

—¿Veis ahí? —exclamó Kiki c. a. inmediatamente.

—Yo no veo nada —dijo Félix.

Kiki c. a. colocó su ardilla encima de la valla, que en un instante bajó disparada por una planta trepadora y atrapó un objeto redondo.

—¡Eh! —gritó Rollo—. Pero ¡si esto es el tacón de un zapato!

—¡Escuchad todos! —ordenó Félix—. Ahora estamos buscando a un hombre al que le falta el tacón de un zapato.

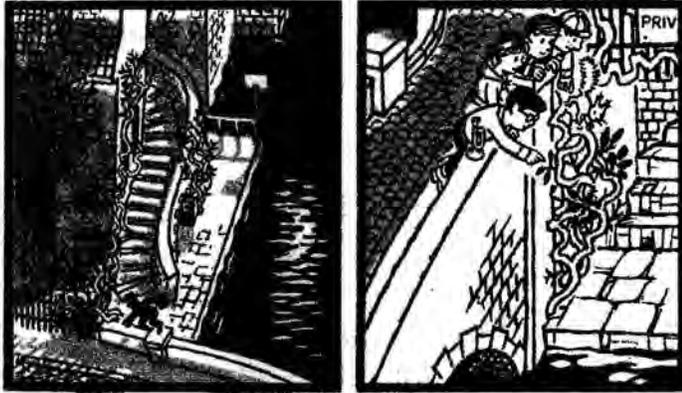
Ya de camino hacia la escuela, «la mano negra» comenzó la búsqueda. Adela, que iba con su cartera, exclamó de pronto:

—¡Anda! Ése es el hombre.

Y por la tarde informaba al resto de la pandilla:

—Ya veréis, por sus pantalones le reconoceremos.

¿Qué clase de pantalones llevaba el hombre al que le faltaba un tacón en el zapato?



3. La ratonera

«La mano negra» se sentó en el aeropuerto y oyó con gran interés la información de Adela.

—Ahora sabemos que el hombre sin tacón lleva un pantalón a cuadros —dijo Félix.

—Pero no conocemos todavía su cara —replicó Rollo—. Si entramos en la casa le atraparemos. Cada uno de nosotros que no pierda de vista una puerta.

—¿Y las ventanas? —preguntó Adela.

—Naturalmente también hay que vigilarlas —dijo Félix.

Tres minutos más tarde estaban todos en sus puestos. Félix vigilaba la puerta delantera, Rollo controlaba el lado del canal, Adela estaba junto a la puerta del jardín y miraba la calle a través de dos agujeros que había hecho en el periódico. Kiki c. a. se había disfrazado de enano y estaba, como si fuera de yeso, en medio de las ortigas que le llegaban hasta las rodillas. Ni siquiera un ratón habría podido deslizarse por la parte de atrás sin ser visto por él.

Pasaron dos horas y nadie intentó entrar en la casa.

«No hay nada más aburrido para un detective que vigilar a alguien», pensaba Rollo, y bostezaba. «¡Ah!, ¡caramba! —se le ocurrió de pronto a Kiki c. a.—, el individuo lleva todo este tiempo en la casa. Sin duda hay una entrada secreta, ¡y qué astutamente está camuflada!»

¿Dónde estaba la entrada secreta?



4. *El mensaje sin hilos*

Kiki c. a. acababa de descubrir la cara del hombre, cuando se cerró bruscamente la tapa de la entrada secreta. «La mano negra» corrió agachada al cuadro de tulipanes. Rollo olió una de las flores.

—Es artificial —dijo.

—Levanta la tapa —ordenó Adela—, yo bajaré. Veremos adónde conduce la ratonera.

—¿Y si te pasa algo? —preguntó Kiki c. a. Adela levantó su bolsa.

—Para casos de emergencia llevo conmigo a Isolde 13.

Isolde 13 era la mejor paloma mensajera de «la mano negra».

Poco después, Adela había desaparecido por la entrada secreta. Se arrastró con precaución a lo largo del pasadizo y llegó a una habitación oscura que tenía una puerta pequeña. Miró alrededor con curiosidad, pero antes de que hubiese podido descubrir algo anormal oyó un ruido. Escribió rápido en un papel: «Estoy en la casa, escondida en una arca. Salu-

dos. Adela». Luego hizo volar por la chimenea a Isolde 13 con el mensaje.

—¿Y dónde estará Adela? —dijo Félix, y miró el reloj—. Ya hace once minutos que está abajo, esperemos que no le haya pasado nada.

—¡Vamos! —gritó Rollo—, veamos en el palomar si ha llegado algún mensaje.

Poco después estaban todos en el palomar.

—En efecto, Isolde 13 está ya aquí —dijo Félix.

¿En qué reconoció Félix a Isolde 13?



5. El gabinete del señor X

Después de que Félix hubiese leído el mensaje sin hilos de Adela, Rollo quiso limpiar a Isolde del hollín con que se había tizado en su vuelo por la chimenea, pero Félix se negó.

—Déjalo. Ya se limpiará ella solita.

—Exacto —dijo Kiki c. a.—, mi ardilla siempre se limpia sola.

—¿Qué puede estar haciendo ahora Adela? —dijo Rollo.

Adela seguía en la casa misteriosa. Y en este momento levantaba con precaución la tapa del arca en la que se había ocultado y miraba alrededor. Todo estaba tranquilo.

«La puerta», pensó de pronto Adela mirando por una rendija, a través de la cual llegaba un débil resplandor. En seguida, se colocó ante la puerta y aplicó el ojo a la cerradura. Contuvo la respiración. A pocos pasos, delante de ella, estaba sentado el desconocido. Vio que su cuerpo se inclinaba sobre una mesa y que el hombre observaba atentamente lo que tenía ante él.

Unos minutos más tarde la puerta de *el aeropuerto* se abrió bruscamente y apareció Adela. «La mano negra» saltó de alegría, celebrando su vuelta, sana y salva.

—He tenido suerte, muchachos —exclamó—. Imaginaos que he descubierto en qué se ocupa el señor X.

¿Cuál podía ser la ocupación del señor X?



6. *La vitola dorada*

—¡Muy curioso! —aclaró Félix—. Así que el señor X se dedica precisamente a los sellos.

—Yo misma lo he visto —dijo Adela—, y también os he traído esto.

Abrió una caja de pastillas para la tos.

—¡Caramba! —exclamó Rollo—. ¿De dónde has sacado esa colilla de puro?

—La encontré en la entrada secreta —hizo saber Adela con satisfacción.

«La mano negra» comenzó en seguida a inspeccionar la colilla.

—Tiene que ser una marca cara —dijo pensativo Félix—. Puros con vitola dorada sólo los fuma mi padre en las grandes solemnidades.

—¿Fuma también Don Carlos? —preguntó Kiki c. a.

—No. ¿Por qué?

—Porque tenemos que averiguar dónde ha comprado el señor X los puros.

Toda la tarde estuvo buscando «la mano negra» la tienda en que se vendían Don Carlos.

Pero en vano. También a la mañana siguiente, durante el recreo, estuvieron inspeccionando con los ojos bien abiertos. Rollo examinó incluso la colilla que el profesor Schmidt había tirado por la ventana del cuarto de profesores. Entonces Félix hizo una señal con su trompeta. «La mano negra» se reunió a su alrededor y Félix les susurró:

—¡Ya sé dónde venden Don Carlos!

¿Dónde vendían Don Carlos?



7. Ojeada al escaparate

«Don Carlos sólo en Casa Gálvez», había leído Félix en un coche que pasaba. Por la tarde se reunió «la mano negra» en el aeropuerto y se dedicó a buscar en la guía telefónica. Era asombroso los Gálvez que había en la ciudad. Incluso apareció una Eulalia Gálvez que era pintora de porcelana.

—¡Aquí está! —gritó Félix—. Casa Gálvez, Tabacos, calle Federico, 12.

—¡Al trote, al trote! —ordenó Rollo. Pero Adela movió la cabeza.

—¡Despacio, joven! —exclamó ella—. ¿Qué vamos a hacer exactamente en Casa Gálvez?

—¡Buscar huellas! —contestó Félix.

—¿Qué clase de huellas? —preguntó Adela—. Sabemos que el señor X fuma Don Carlos. Pero ¿eso es algo extraordinario? Habrá mucha gente que fume Don Carlos.

—Pero tú nos has dicho que el señor X también se dedica a la filatelia.

—Exacto —repuso Adela.

—Entonces todo está claro —dijo Félix—.

Tenemos que comprobar si Casa Gálvez tiene algo que ver también con los sellos.

Media hora más tarde la pandilla estaba delante del escaparate de la tienda de Gálvez. Había puros en grandes cantidades, pero ningún sello.

—¡Cómo que no! —gritó de pronto Kiki c. a. todo nervioso—. ¡Mirad, allí hay un sello!

¿Qué clase de sello era?



8. *El sello falso de cincuenta rupias*

El sello de cincuenta rupias de Zanzíbar que había en el escaparate acaparó la atención de «la mano negra» durante bastante tiempo.

—¿Por qué sólo los venderán de este precio? —dijo Rollo—. ¿Quizá es que han comprado muchos? ¿Qué pensáis vosotros?

Al día siguiente, Adela decía en *el aeropuerto*:

—Pero ¡hombre, es imposible!

—¿Qué? —preguntó Félix.

—Que alguien tenga gran cantidad de sellos de cincuenta rupias de Zanzíbar.

—¿Quién dice eso?

—Mi padre, que en sus ratos libres colecciona sellos —contestó Adela—. Yo creo que es un experto.

—Lo creemos —exclamó Rollo, que acababa de entrar agitando un periódico—. ¡Leed!

«La mano negra» leyó en voz alta un titular:

—«Falsificador de sellos».

Y veintidós minutos más tarde estaban ante la casa del señor X. Al llegar, vieron que salía humo de la chimenea y por el aire revo-

loteaban papelillos quemados. Kiki c. a. recogió uno que sólo estaba chamuscado: era un sello de Zanzíbar de cincuenta rupias.

—¡Un momento! —dijo Adela. Sacó de su cartera un catálogo de sellos y buscó—. Aquí hay un sello de Zanzíbar de cincuenta rupias.

Kiki c. a. lo comparó con el sello chamuscado y exclamó:

—Le falta algo. Parece falsificado.

¿Qué le faltaba al sello falsificado?



9. Huida al canal

—Pero si al sello le falta la bandera del barco no se podrá vender —dijo Félix.

—Naturalmente que no —aclaró Adela—. Por eso precisamente los está quemando. Hay un error de impresión. Ahora se largará con las falsificaciones bien hechas.

—Eso es lo que tenemos que evitar —dijo Rollo.

«La mano negra» se distribuyó alrededor de la casa y vigiló todas las salidas. Pero los minutos pasaban y nadie se movía. De pronto sonó un toque de trompeta y Adela, Rollo y Kiki c. a. se precipitaron hacia el puente.

—¡Se ha marchado! —les gritó Félix—. Va por la orilla como un rayo. Lleva un maletín de hojalata.

Adela reflexionó brevemente.

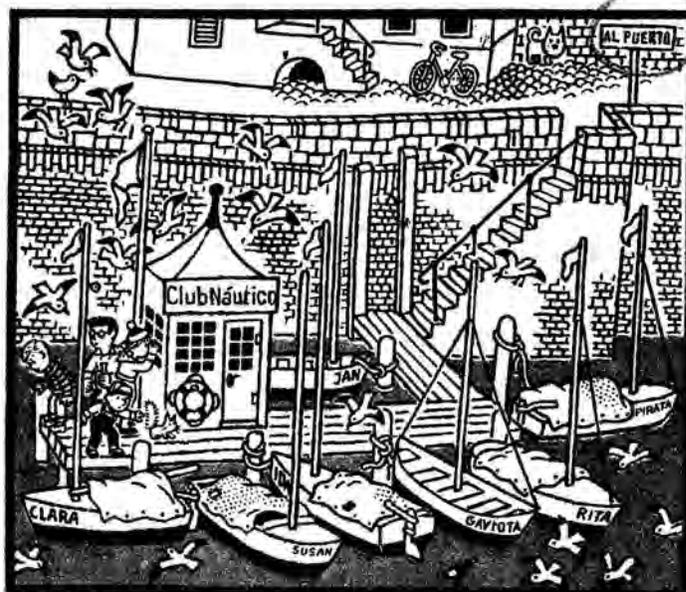
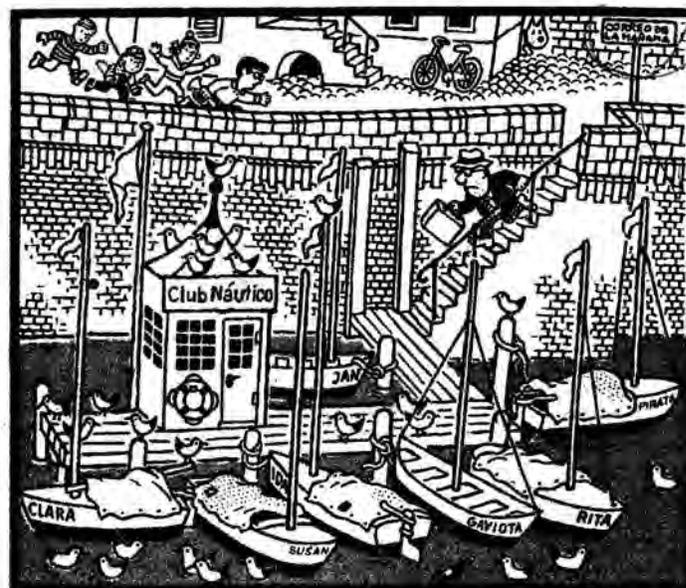
—Seguro que quiere marcharse a Australia. Tenemos que ir al puerto.

Cuando «la mano negra» desembocó jadeante en la calleja del puerto vio al individuo que bajaba corriendo la escalera del embarca-

dero con el brillante maletín en la mano. Corrieron tras él, pero llegaron demasiado tarde. La pasarela estaba vacía, y en el pequeño quiosco tampoco se veía al señor X.

—Quizá se haya zambullido en el agua —opinó Rollo.

—Pero, por lo menos, su sombrero tendría que flotar —dijo irónicamente Kiki c. a.—. Yo creo más bien que su sombrero está en un sitio muy distinto.



¿Dónde estaba el señor X?

10. *En la trampa*

Kiki c. a. notó que el señor X, falsificador de sellos, se había metido en un bote, al ver que uno de ellos estaba más hundido en el agua que los otros. El resto de «la pandilla» también lo descubrió, pero sólo cuando el individuo cortó la cuerda del bote y salió a toda velocidad.

—Tarará, tararí —tocó Félix con su trompeta.

Eso significaba «tras él». La pandilla corrió a la calleja del puerto y cruzó el puente para pasar a la otra orilla del canal. El hombre acababa de saltar del bote y estaba doblando la esquina a todo correr. Rollo aún tuvo tiempo de ver cómo entraba en una obra de la calle del Pinar. Luego desapareció.

«La mano negra» se subió a un montón de arena.

—Aunque en realidad el individuo se nos haya escapado, siempre podremos proporcionar a la policía una descripción completa de él —dijo Kiki c. a.

—Eso no es difícil —dijo Adela—, pantalón de cuadros, chaqueta negra, corbata de rayas.

—Luego contuvo la respiración y susurró—: Rollo, vuela al próximo teléfono y marca el 110.

—Uno-uno-cero —repitió Rollo.

—La policía debe enviar tres coches patrulla. ¿Está claro?

—No, nada. ¿Por qué tres coches?

—Porque el señor se ha metido en una trampa. ¡A toda marcha, joven!

¿Cómo reconoció Adela el escondrijo del señor X?



11. Aterrizaje forzoso

Si la policía no hubiese llegado con la sirena tan fuerte, el falsificador de sellos se habría quedado en la hormigonera. Pero «la mano negra» vio cómo el señor X volaba con su maletín de hojalata colgando desde el tambor de las mezclas y desaparecía por encima del muro en un salto de tigre.

—¡Ay! —dijo Adela—. Ése se va a hacer daño.

Pero el señor X no se lastimó lo más mínimo, hizo un aterrizaje forzoso en un montón de estiércol.

—¡Este huele mal! —dijo el inspector Faraldo, cuando poco después corrió a la granja al mando de tres dotaciones de coches patrulla.

Sujetó fuertemente al señor X, a pesar de sus protestas.

—¿Desde cuándo está prohibido oler a estiércol de vaca? ¡Déjeme!

—¡Usted ha falsificado sellos! ¿Dónde están? El hombre no respondió una palabra.

Mientras tanto, los policías inspeccionaron

todo el terreno. Pero no encontraron nada. Ya iban a dejar al individuo en libertad, cuando «la mano negra» apareció.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó el inspector con severidad.

—Somos «la mano negra» —respondió Félix cortésmente—. ¿Le podemos mostrar dónde está el maletín con los sellos falsos?



¿Dónde suponía Félix que estaba el maletín?

EL TESORO EN EL LAGO DE LOS CASTORES

1. *Visita nocturna*

Eran las 11.45 cuando la puerta de la comisaría número 11 se abrió bruscamente y entró una señora.

—¡Señor agente! —exclamó—. ¡Venga usted conmigo! La noche pasada me han robado las joyas.

—Siéntese usted ahí —dijo el inspector Faraldo, y se dirigió de nuevo a «la mano negra»: «... nosotros mostramos entonces al agente que el maletín desaparecido estaba colgado en el pozo y que contenía los sellos falsificados, ¿no?».

Todos asintieron con la cabeza.

—Entonces, firmad la declaración.

—Señor agente, ¿no puede usted enviar a alguien? —preguntó la señora desde el fondo.

—Están todos fuera, señora... ¿Cuál es su nombre?

—Lidia Acosta.

—Antes de nada tiene usted que poner una denuncia.

Cuando diez minutos más tarde la señora Acosta abandonó la comisaría, «la mano negra» la esperaba fuera, en la escalera, y Félix le dijo:

—No se preocupe usted, señora Acosta, nosotros la ayudaremos.

Poco después estaban en el lugar de los hechos.

—¡Caramba, vaya desorden —dijo Adela—. Pero por lo menos sabemos a qué hora estuvo aquí.

¿Cómo sabía Adela la hora en que había ocurrido?



2. La pista del tejado

—El reloj de péndulo de la señora Acosta está parado exactamente cinco minutos después de medianoche —hizo saber Adela—. El malhechor buscaba probablemente la caja fuerte.

La señora Acosta les ofreció bombones rellenos.

—Y el individuo entró en la vivienda por el balcón —aseguró Félix—. Mirad, hay un cristal roto.

«La mano negra» salió al balcón y lo inspeccionó a fondo.

—No hay la más mínima huella —constató Rollo, y examinó el canalón con una lupa.

—Luego, nuestro hombre tiene que haber subido por el tejado —conjeturó Félix.

Kiki c. a. acarició a su ardilla y le dijo en voz baja:

—Esto es trabajo tuyo, amiguita.

Luego la hizo subir hacia el tejado. Pasado un rato, la ardilla volvió por el canalón, entre las patas sostenía algo.

—¡Hombre, una entrada de cine! —gritó Rollo—. Esto es una pista.

Adela se ladeó la trenza izquierda y dijo:

—Tenemos que averiguar qué película ha visto.

«La mano negra» buscó un periódico y estudió detenidamente la cartelera. Félix fue el primero en descubrirlo.

—Ese individuo ha elegido una película bastante extravagante —dijo, golpeándose en la rodilla.



¿Cuál era el título de la película?

3. La entrada de cine

La película se llamaba *Grandes bolsillos, dedos largos*. Adela, con la entrada de cine en la mano miró el reverso y exclamó:

—¡Mirad!

La pandilla leyó a coro: «amil».

—Esto es parte de un nombre —observó Félix—. El sospechoso había reservado la entrada.

—Y esto significa —prosiguió Adela nerviosa— que va con frecuencia a ese cine.

A la noche siguiente, «la mano negra» estaba ante la taquilla del cine Palace. En cualquier momento tenía que ir alguien a pedir una entrada a nombre de «amil». Pero el único que llegó fue el portero para echarlos.

—Somos «la mano negra», señor —dijo Adela.

—¿Sois «la mano negra» de la que hablaron los periódicos? —preguntó el portero.

—Efectivamente —dijo Adela orgullosa.

En seguida todos estuvieron bajo la protección personal del portero del cine.

Por fin, a la tercera noche hubo suerte. Un hombre y una mujer con traje de motoristas se acercaron a la taquilla.

—Las entradas para Villamil, por favor.

Gracias al portero «la mano negra» consiguió cuatro asientos en la primera fila.

—Tenemos que seguir la pista al sospechoso —dijo Félix.

—¿Tenéis idea de dónde están sentados?

Después de media hora Kiki c. a. susurró:

—¡Allí están!

¿En qué fila estaban sentados los sospechosos?



4. *El comando volante*

Después de que «la mano negra» reconociese al conductor de la moto y a la mujer en la sexta fila, abandonó la sala para deliberar fuera.

—Tenemos que averiguar dónde vive Villamil —dijo Rollo.

—¿Y cómo? —preguntó Adela.

—Le seguiremos con nuestras bicicletas.

Y dicho esto, se apostaron en las tres salidas, mientras Félix observaba también las motos que estaban en el aparcamiento. Poco después de las 20.30 la gente abandonó el cine. Minutos más tarde la trompeta de Félix daba la señal convenida para montarse en las bicicletas.

«La mano negra» desembocó en la calle de la Sardina y corrió detrás de la moto. Pero Villamil iba a toda marcha y en una calle lateral le perdieron de vista. Aún se oía el motor, pero de pronto se calló.

—¡Se ha parado! —grito Félix—, ¡ahora buscaremos la moto! La matrícula es PXE-1314.

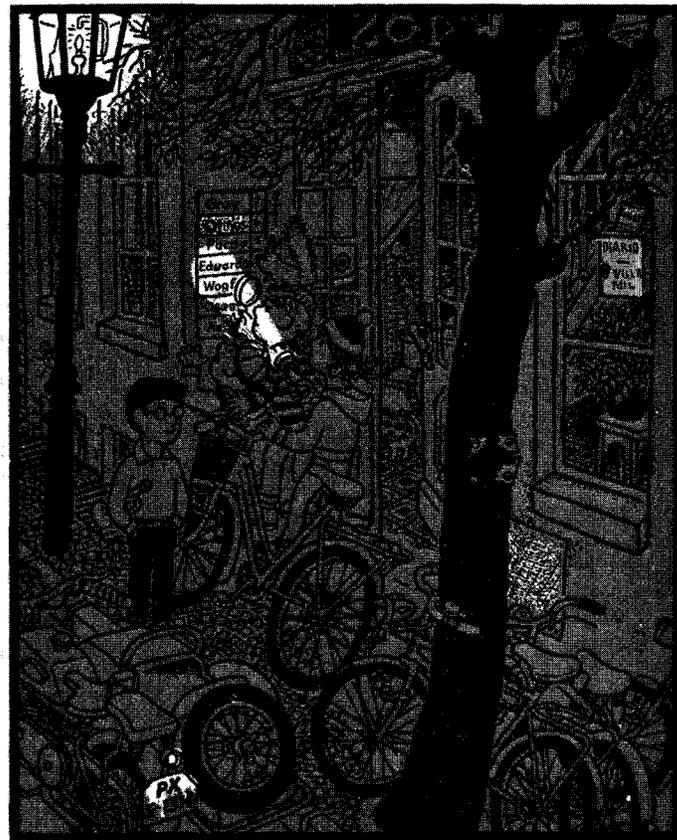
Minutos más tarde encontraron la moto en la calle del Trino, 28. En seguida examinaron

los nombres de los vecinos que figuraban en el panel de timbres del portal.

—¡Qué pena! —dijo Adela—, Villamil no aparece.

Félix dijo, riendo irónicamente:

—¡Os equivocáis!, Villamil vive en esta casa.



¿Dónde vio Félix el nombre que buscaban?

5. *La puerta cerrada*

Félix había descubierto el nombre de Villamil en uno de los buzones de la casa.

—Ahora tenemos que entrar en la cueva del león —dijo Adela.

—Mejor será que lo hagamos con la luz del día —repuso Félix.

Cuando a la mañana siguiente la pandilla volvió a la calle del Trino, vio en seguida que la moto había desaparecido. Entraron todos en la casa y descubrieron que Villamil vivía en la buhardilla. Rollo pulsó el timbre. Sonó fuerte, pero nadie salió. Félix quiso mirar por la cerradura.

—Está tapada por una cortina —dijo decepcionado.

—¡Déjame ver! —dijo Adela moviendo el picaporte.

La llave estaba echada, pero alguien dijo desde dentro:

—¡Estoy enfermo! ¡Estoy en la cama! ¡Por favor, no molesten!

—Es raro, si tocamos el timbre no contesta

nadie —dijo Rollo, intentando girar el picaporte.

Y nuevamente sonó la voz:

—¡Estoy enfermo! ¡Estoy en la cama! ¡Por favor, no molesten!

Rollo tenía ya en la mano una navaja especial de bolsillo con diecisiete accesorios, y en un instante había separado la clavija del picaporte. Quitó una parte, empujó la otra hacia dentro y miró por el agujero.

—¡La cama está vacía! —murmuró asombrado.

Adela miró también y dijo:

—¡Ni huella de Villamil! Sin embargo, yo sé desde dónde habla.

¿De dónde venía la voz de Villamil?



6. El pájaro voló

La voz de Villamil venía de un magnetófono que estaba debajo de la cama.

—El pájaro se ha escapado —dijo Adela—. ¿Qué hacemos ahora?

—Tenemos la matrícula de su moto —aclaró Rollo.

—El caso es desesperado —rechazó Kiki c. a. y partió una avellana a su ardilla.

—¡No! —dijo Félix—, no nos rendiremos. ¡Seguiremos buscando! ¿Está claro?

Pasaron varios días. «La mano negra» vigilaba calles, patios y aparcamientos. Pero en vano. Finalmente, visitaron otros barrios. Pero la moto y Villamil seguían sin aparecer.

Rollo quería ya dejarlo cuando la casualidad vino en su ayuda. Un día por la tarde en que la pandilla iba al campo, Félix se paró en seco.

—¡Mirad! —gritó.

De entre la maleza sobresalía la matrícula PXE-1314.

—Sólo falta la rueda trasera —comprobó Adela.

—¿Y el conductor? —preguntó Kiki c. a.—.
¡No puede estar muy lejos!

«La mano negra» registró los alrededores.

—¡Venid! —gritó Félix y corrió en dirección al aparcamiento de un camping cercano.

Sólo habían pasado unos segundos cuando, señalando una tienda de campaña, dijo:

—¡Allí está el pájaro huido! ¡Mirad lo que está haciendo!



¿Qué hacía Villamil en la tienda de campaña?

7. *Los hombres rana*

Dentro de una tienda, Villamil hinchaba un neumático. ¿Qué había ido a hacer aquel individuo al camping?

—Quizá se ha dado cuenta de que estamos tras él —dijo Rollo.

—De todas formas le observaremos detenidamente —aclaró Félix.

Se ocultaron en una pequeña colina y no perdieron de vista la tienda de Villamil. Durante dos horas nada se movió, excepto las hormigas, que cosquilleaban incansablemente a la pandilla. Se hizo de noche y salió la Luna. Entonces, «la mano negra» vio que Villamil salía de la tienda y lentamente se dirigía a la orilla del lago. Andaba a grandes pasos y tiró al agua algo pesado atado a una cuerda. ¡¡Plaf!!, sonó, y poco después Villamil había desaparecido otra vez en su tienda.

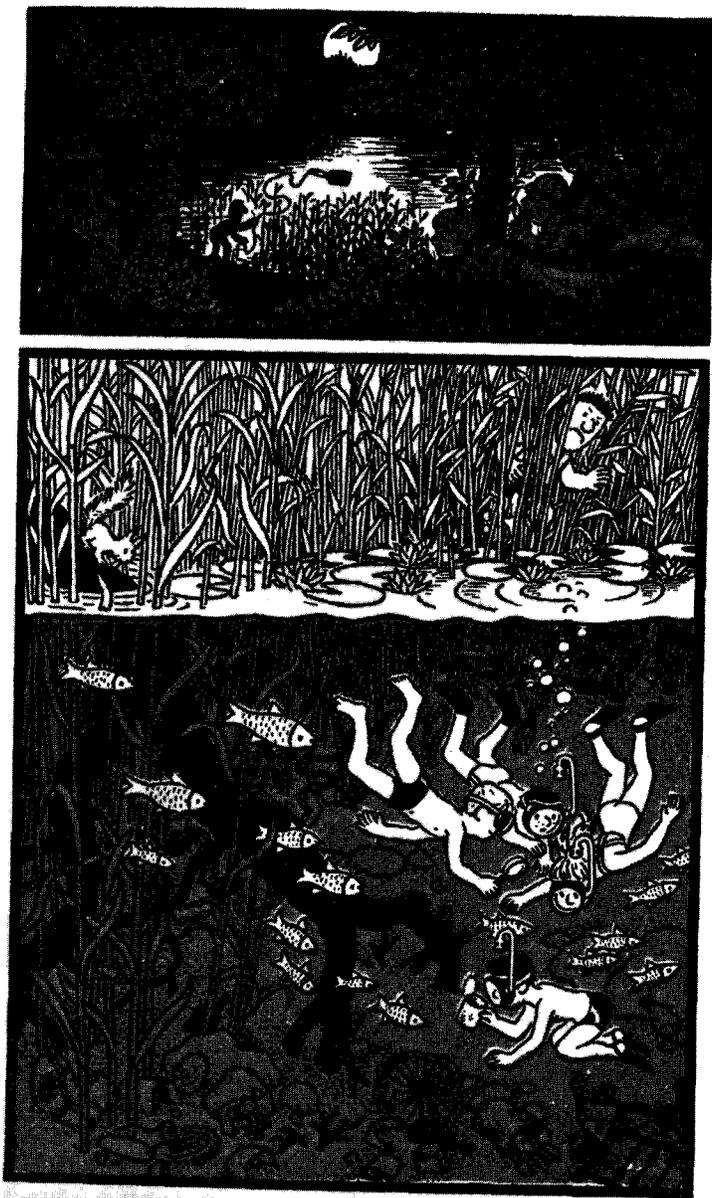
—¿Qué sería? —murmuró Adela.

—Mañana lo comprobaremos —susurró Félix.

Al día siguiente la pandilla volvió al lago de los Castores provista de equipos de inmer-

sión. Se los pusieron detrás de unos arbustos y desaparecieron bajo el agua. Después de varias tomas de aire, localizaron el sitio donde estaba el objeto que había tirado Villamil. Félix dio la señal para subirlo, pues ya sabía qué era lo que el sospechoso había tirado al lago.

¿Qué había tirado Villamil al agua?



8. El collar

Félix había descubierto en el fondo del lago de los Castores una bolsa de deporte.

—¿Pertenece a Villamil? —preguntó Adela.

—¡Claro! Está atada a una cuerda —contestó Félix.

—Entonces ¡en marcha! Tenemos que inspeccionarla.

«La mano negra» se zambulló de nuevo en el agua.

Después de algunos impulsos alcanzaron la bolsa. Rollo desató el nudo y Félix metió la mano sacando un collar. En el mismo momento hubo un fuerte tirón y la bolsa subió hacia la superficie. Para la pandilla no había ninguna duda: ¡Era obra de Villamil! Nadaron rápidos hacia su escondrijo y salieron del agua. Rollo estornudó fuertemente.

—¡Maldita sea otra vez!

—Por lo menos tenemos un collar —le tranquilizó Félix.

Adela lo examinó con atención y exclamó:

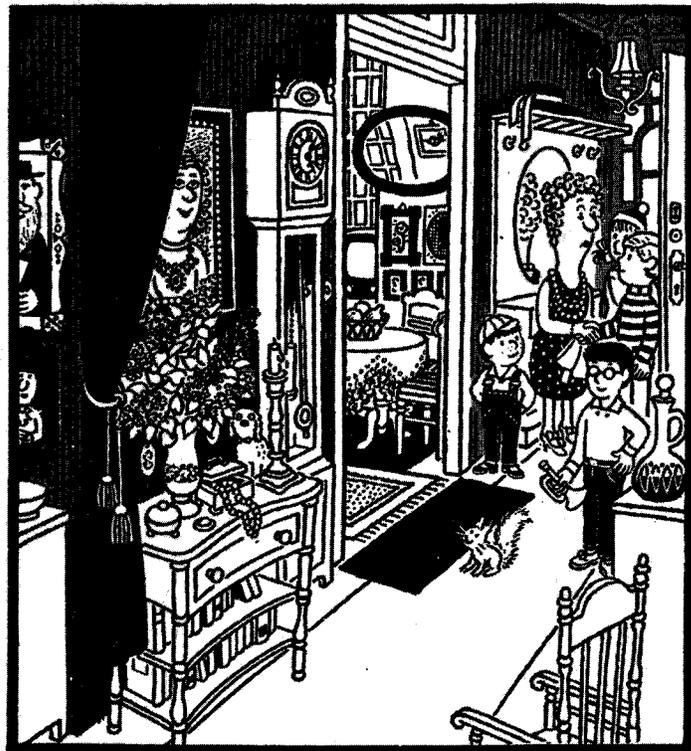
—Es una joya antigua.

Una hora más tarde «la mano negra» entraba en casa de la señora Lidia Acosta.

—Es terrible —se lamentó—. La policía no ha encontrado todavía mis joyas de familia.

—Quizá la podamos ayudar —dijo Adela—. Hemos encontrado algo, y usted nos tiene que decir si pertenece a sus joyas. ¡Enséñele el collar, Félix!

—No es necesario —dijo Félix—, ya sé que pertenece a las joyas robadas.



¿Por qué lo había descubierto Félix?

9. *Pisándole los talones*

Félix acababa de reconocer la joya en un cuadro que colgaba de la pared, cuando gritó:

—¡Escalera de emergencia! ¡Vuelta al lago de los Castores!

Naturalmente, «la mano negra» llegó demasiado tarde. Villamil y su moto habían desaparecido.

—¡Debemos avisar al inspector Faraldo! —dijo Rollo—. Voy a telefonarle.

Poco después, chirriando los frenos, llegó un coche patrulla al lago de los Castores. «La mano negra» se subió a él, y mientras el conductor pisaba el acelerador, Adela hizo un breve informe sobre la situación.

—¡Alto! —gritó el inspector Faraldo.

El coche se detuvo junto a un policía.

—¿Una moto con sidecar?

—Sí, la he visto hace un momento, iba a la granja de Ochoa.

Cuando la pandilla y los policías entraron en la granja, vieron en seguida la moto. Fueron a la casa y gritaron:

—¿Hay alguien?

—Sííí —contestó una mujer desde la cocina.

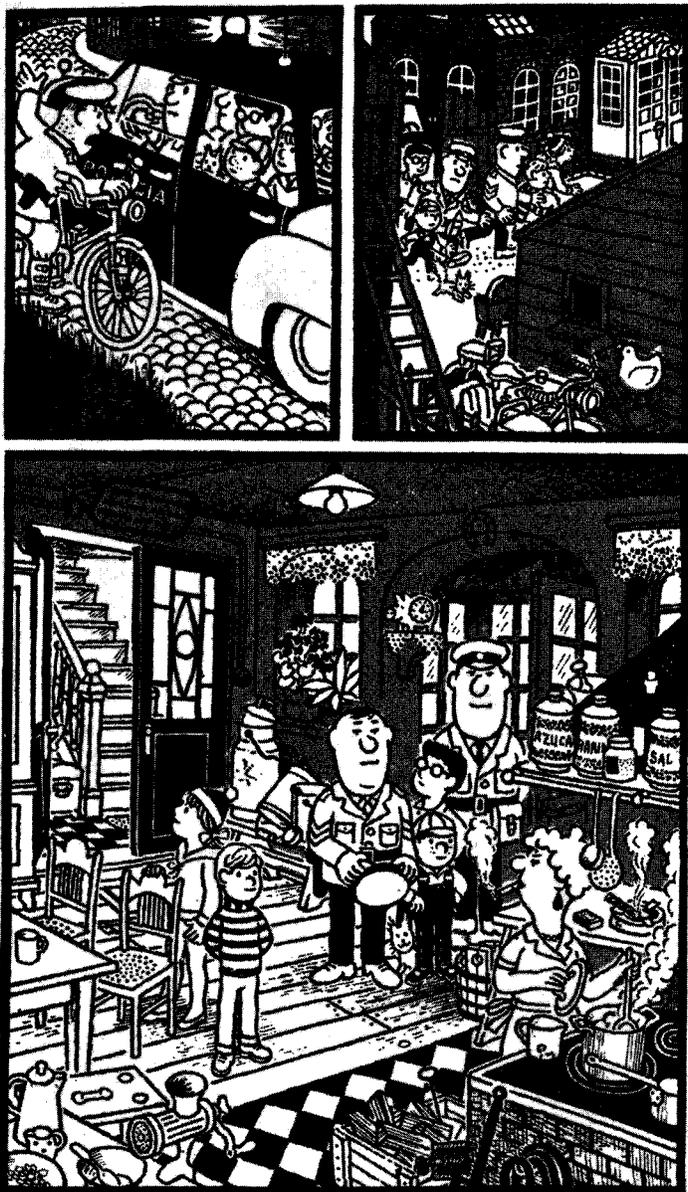
—La amiga de Villamil —murmuró Félix—, estaba con ella el otro día en el cine.

—¿Quién es usted? —le preguntó el inspector.

—Soy Rita, la asistenta. Los señores están en la ciudad. Llevo toda la mañana sola en casa.

—Usted miente —dijo Rollo—. Ahí está la prueba.

¿Qué vio Rollo?



10. Rita guardó el secreto

El inspector Faraldo sostenía ante la nariz de la asistenta el cigarro humeante que Rollo había descubierto y preguntó:

—¿Dónde está ese hombre?

—Yo no sé nada —contestó ella con arrogancia.

—Como usted quiera —dijo el inspector—. Vamos a registrar la casa. ¡Condúzcanos a todas las habitaciones!

Rita tomó una silla, la puso en medio de la cocina y se sentó.

—Busque usted solo —dijo con sorna—. Entre en todas las ratoneras.

El inspector Faraldo no dijo ni una palabra más y, ayudado por su compañero, registró toda la casa. «La mano negra» se sentó mientras tanto en la escalera y no perdió de vista a la mujer.

—Si no encuentran a Villamil —murmuró Kiki c. a.—, quedaremos en ridículo.

—Pero tiene que estar aquí —susurró Félix.

Ya no quedaba por registrar más que las habitaciones de encima de la cocina. El inspec-

tor Faraldo abrió la puerta de la despensa y miró dentro. No había nadie. Luego se dirigió a la pandilla y dijo:

—Lo hemos registrado todo.

—Pero han olvidado ustedes una puerta —dijo Adela—. Quizá detrás de ella haya una sorpresa.



¿A qué puerta se refería Adela?

11. *La última puerta*

Sólo cuando Adela señaló con el dedo vio el inspector Faraldo la puerta.

—¡Levántese! —ordenó a la asistenta.

Luego abrió la trampilla del sótano:

—Ahí no hay absolutamente nadie —refunfuñó la mujer.

Pero el inspector se echó a reír.

—¡Suba, señor Nadie! —gritó.

Y acto seguido apareció un casco de motorista y debajo una cara.

—¡Villamil! —gritó a la vez toda la pandilla.

El inspector Faraldo le colocó las esposas.

—Y ahora deme la bolsa —le ordenó.

—Me quejaré —protestó enfadado Villamil—. Yo soy un ciudadano inocente.

—Eso tendrá que probarlo.

El segundo agente de policía bajó al sótano y volvió con la bolsa de deporte.

—No hay nada sospechoso.

El inspector Faraldo cogió la bolsa, pero estaba vacía.

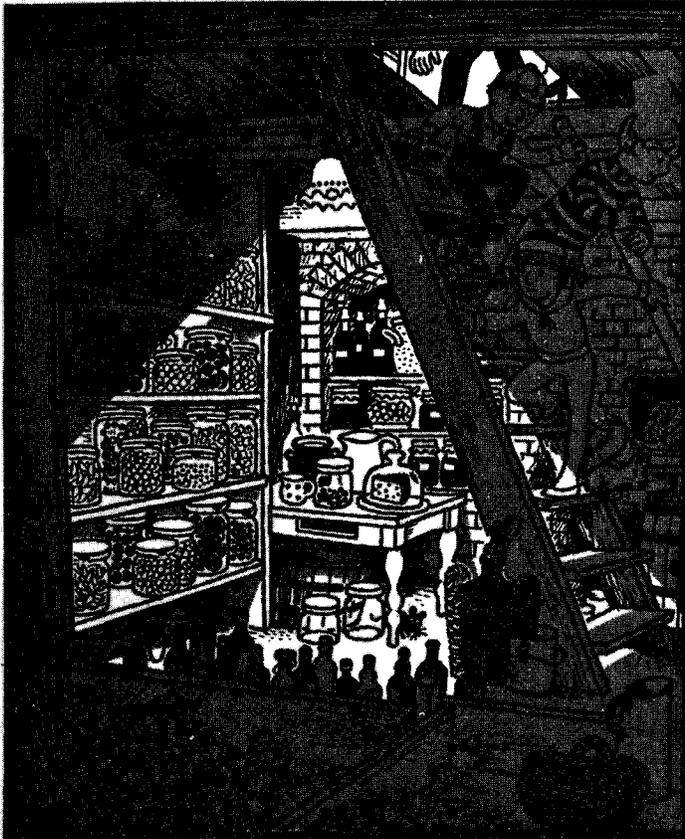
—El señor Villamil iba a traerme patatas

del sótano —exclamó Rita—. Usted le ha interrumpido...

Y todavía dijo muchas cosas más, enfadada, mientras «la mano negra» desaparecía y bajaba al sótano. De repente, Rollo abrió unos ojos como platos.

—¡Mirad, muchachos! Allí están las joyas robadas.

¿Dónde pudo descubrir Rollo las joyas?



EL TÚNEL DE LOS TRAFICANTES

1. *Sucedió a las 17.04*

Un buen día Rollo irrumpió en *el aeropuerto* leyendo con nerviosismo una carta:

«Querido Rollo, he leído en el periódico que "la mano negra" ha capturado a un ladrón y ha encontrado las joyas robadas en un bote de conservas. Por eso, quisiera darte la enhorabuena a ti y a tus amigos. Cordiales saludos. Tu tío Pablo.

»PD: ¿No os gustaría venir conmigo al campo en las vacaciones?»

¡Claro que les gustaría!, y dos sábados más tarde estaban todos en el tren.

—Con las bicicletas habríamos llegado en el mismo tiempo —dijo Kiki c. a.

Rollo miró el reloj. Eran exactamente las 17.04. El párroco, que estaba sentado frente a ellos, se rió y dijo:

—Ahora viene un túnel largo, y en seguida estaremos allí.

Todo quedó a oscuras. Sólo brillaba el fuego de los cigarrillos. Chacachá, chacachá; hacía el tren. De repente una mujer gritó:

—¡Ay, mi pie, tenga usted cuidado dónde pisa!

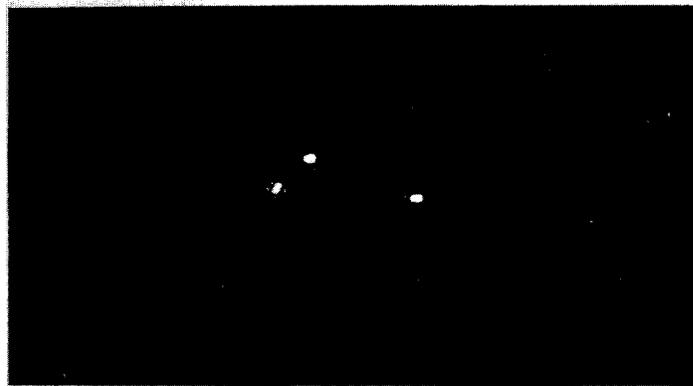
La puerta del departamento se abrió y entró un humo espeso. Luego se cerró de nuevo con un fuerte «clac».

—¿Quién habrá tocado la puerta? —murmuró Félix.

Cuando salieron del túnel, Adela cuchicheó:

—Yo sé quién ha sido.

¿Qué delató al viajero?



2. *El maletín enigmático*

«La mano negra» observó con desconfianza al hombre que leía el periódico al revés. De pronto Kiki c. a. tiró de la manga de Félix.

—¡El maletín! —murmuró, y miró de reojo a la red de las maletas que estaba enfrente de ellos—. Antes de que entrásemos en el túnel, ese hombre no tenía ningún maletín.

Cuando poco después se detuvo el tren, el primero en bajar fue el extraño viajero. Los cuatro amigos saltaron tras él.

—¡Hola, niños! —gritó un hombre y les hizo señas con el sombrero.

Era el tío de Rollo. Pero no se fijaron en él, mirando al sospechoso que acababa de salir del andén.

—¡Mirad el número de su maletín! —ordenó Félix.

Sólo entonces saludó «la mano negra» a su anfitrión y al cochero, que se llamaba Luis.

—Y ahora subid, chicos —gritó tío Pablo. «La mano negra» no obedeció porque esta-

ba observando atentamente al hombre del tren, que abría la portezuela de su coche.

—Vaya, ¿dónde habrá dejado su maletín? —preguntó Rollo nervioso.

—Quizá en el maletero del coche —observó Adela.

Kiki c. a. pellizcó a Adela en el brazo y le guiñó un ojo. Luego dijo en voz baja:

—¡Estad tranquilos! Yo sé dónde está el maletín.

¿Dónde dejó el hombre el maletín?



3. *El agujero en el suelo*

Que el maletín del sospechoso estuviera precisamente bajo el pescante, cerca de Luis, seguía extrañando a Rollo. Y todavía por la noche en la cama continuaba cavilando. El reloj de la torre acababa de dar las 10, cuando oyó pasos fuera. Se levantó y miró por la ventana.

—¡Despertaos! —siseó.

El resto de «la mano negra» se levantó.

—¿Qué pasa? —preguntó Adela, y bostezó.

—Luis con el maletín —murmuró Rollo.

En seguida estuvieron todos completamente despiertos.

—¡Poneos los calcetines! —ordenó Félix.

Luego descendieron al piso de abajo. A los pocos pasos Rollo levantó la mano en señal de aviso.

—¡Allí, una luz!

A través de un agujero del suelo salía una luz mortecina. Rollo se arrastró con cuidado y contuvo la respiración. Miró por la rendija y vio la habitación del cochero.

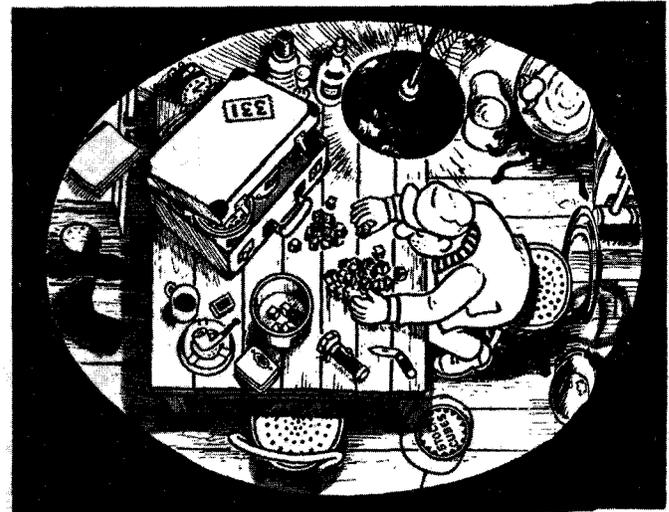
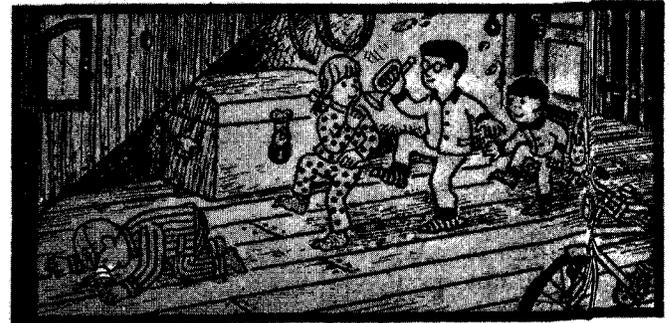
En ese momento estaba abriendo el maletín

y sacaba de él una lata. Luego cogía una navaja y, ¡zas!, levantaba la tapa. Luis echó el contenido en la mesa y comenzó a contarlo.

—¡Si yo pudiera ver qué cosas está contando! —murmuró Rollo.

También los otros miraron a través de la rendija del suelo y en último lugar lo hizo Adela. Cuando se levantó, se tocó la frente y suspiró:

—¡Ni os lo imagináis, muchachos! ¿Sabéis qué es lo que cuenta ese individuo ahí abajo?



¿Qué contenía la lata?

4. *La llave*

«La mano negra» pudo leer con claridad lo que estaba escrito en la tapa de la lata: «Cubitos para caldo».

—La cosa no me gusta nada —dijo Rollo más tarde en la cama—. Tenemos que mandar a la sombra a ese individuo.

La pandilla no perdió de vista a Luis. Pero fuera de que se bebía a escondidas, de vez en cuando, un huevo fresco en el gallinero, no pudo averiguar nada especial. Una tarde estaban justamente detrás de la verja, cogiendo luciérnagas, cuando de repente vieron a Luis salir de casa en dirección al pueblo.

—¡Vamos tras él! —ordenó Félix.

Y todos le siguieron cautelosamente hasta que Luis desapareció en el bar El Jinete Azul.

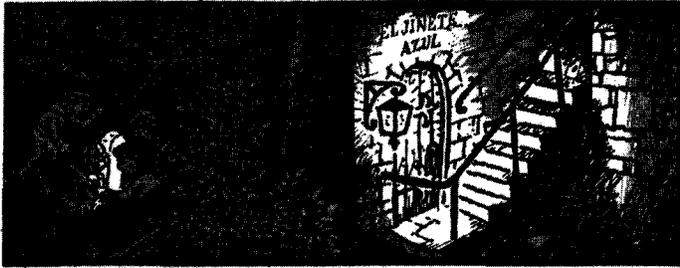
—Esto sí que es una lata —dijo Kiki c. a., y señaló a una ventana, por donde miró al interior del tugurio—. Es un establecimiento lleno de humo —murmuró. De pronto se sobresaltó—. Ahí delante está sentado Luis —dijo ja-

deando—. Un hombre va hacia él y le da dinero. Y Luis le entrega una llavecita.

—¿Una llave? —preguntó Adela sorprendida.

—¿Para qué? —Kiki c. a. calló un rato, después continuó—: ¡Un truco extraño! Cubitos para caldo en el compartimento secreto. ¿Y sabéis dónde está el compartimento secreto?

¿Dónde está el compartimento secreto?



5. *Buscado y encontrado*

—El caso está claro —dijo Adela—. Los cubitos para caldo los guardan en una puerta secreta que aparece en el cuadro.

—Pero ¿por qué todo esto? —preguntó Félix pensativo.

A la mañana siguiente «la mano negra» fue otra vez al bar. En la entrada posterior estaba trabajando una señora de la limpieza.

—¿Entramos? —preguntó Félix.

En ese momento Kiki c. a. encontró algo muy sospechoso en el recogedor de la basura. Triunfante, sostenía en alto un pequeño objeto que parecía un cubito para caldo. Adela lo desenvolvió y olió.

—No huele a nada. —Luego tocó el cubito con la lengua—. ¡Uy, cómo amarga! —Y lo escupió.

Una media hora más tarde «la mano negra» estaba en la farmacia del Ciervo. Llena de esperanza observaba cómo el farmacéutico examinaba el cubito. De repente dijo:

—¡Caramba! —Cogió un libro y lo hojeó.

6. *El secreto postal*

Los cubitos para caldo contenían una droga. ¡Quién lo hubiera pensado!

—Ahora todo me resulta claro —dijo Adela—. El asunto misterioso de la maleta y las idas y venidas de Luis.

—¿Qué? —preguntó Rollo.

—Esperad y mantened bien abiertos los ojos —dijo Félix.

«La mano negra» ayudaba diligentemente al tío Pablo en su trabajo. Pero en la granja no sucedía nada que ella no viese.

Un día por la tarde llegó un joven.

—¿Adónde vas? —preguntó Kiki c. a.

—A ver a Luis. Tengo una carta para él. Se la tengo que entregar personalmente.

«La mano negra» se puso en seguida alerta. Observó cómo el joven entregaba la carta al criado. Luis dejó el carro del abono y se fue a su habitación. Por la ventana vieron cómo abría el sobre.

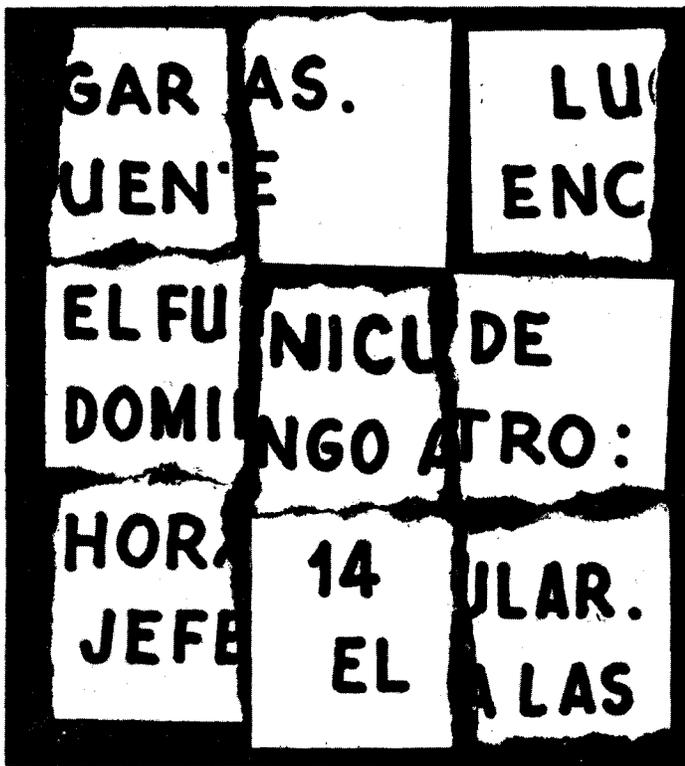
—¡Mirad! —siseó Kiki c. a.

Luis rompió la carta en pequeños trozos y los tiró por la ventana.

Pasaron casi diez minutos hasta que la pandilla encontró todos los trozos, y en un rincón tranquilo del granero los pusieron en el suelo y los fueron ordenando. Hubo un largo silencio.

—¡Caramba! —dijo Félix—. Una noticia importante. Tenemos mucho trabajo, muchachos.

¿Qué decía la carta?



7. El encuentro triple

«Lugar de encuentro: el funicular, el domingo, a las 14.00 horas. El jefe», decía la nota misteriosa. «La mano negra» estuvo allí puntualmente y observó a su alrededor. Al poco tiempo apareció Luis con el maletín y luego llegó el hombre del tren. Esperaron donde estaba el empleado de aduanas. Minutos más tarde el funicular llegaba al andén. Los viajeros empezaron a bajar.

—¡Mirad! —murmuró Félix.

Un desconocido se había acercado a los que esperaban. Les hizo una seña con la cabeza, fueron juntos al restaurante del «lugar de encuentro» y pidieron cerveza. Miraron a todas partes y comenzaron a hablar.

«La mano negra» entretanto había establecido su puesto de escucha detrás de un seto.

—No entiendo una palabra —dijo Kiki c. a. enfadado, en voz baja.

—¡Chist! —dijo Adela. Después murmuró: A las 17.10... a las 17.10... a las 17.10...

—¿Qué significa a las 17.10? —preguntó

Félix cuando los hombres se hubieron levantado y desaparecido.

—Algo relacionado con el tren —dijo Adela—. Van a recibir mercancía. Probablemente en el túnel.

—Pero ¿qué día? —preguntó Rollo, impaciente.

Adela movió los hombros:

—No lo he entendido.

—Pues está claro —confirmó Kiki c. a., y se rió ligeramente—. Sólo puede ser un día de la semana.



¿En qué día se debía hacer el contrabando?

8. *Caminos oscuros*

Sólo el sábado llegaba un tren a las 17.10. Lo había leído Kiki c. a. en un horario de trenes.

—¿Qué hacemos? —preguntó Rollo.

—Tenemos que ir al túnel —dijo Félix.

Ya era sábado por la tarde. «La mano negra» corría por el terraplén hacia el túnel. La entrada estaba cerca de la frontera.

—Id muy cerca de la pared —ordenó Félix.

Poco a poco fue oscureciendo, y Adela sacó una linterna. De pronto se paró aproximadamente en el centro del túnel.

—¡Silencio! ¿Oís eso?

—Es agua —dijo Kiki c. a.—. ¡Alumbra!

Adela dirigió el foco de luz hacia donde procedía el ruido y apareció un gran agujero.

Los cuatro saltaron por encima de los raíles.

—¡Mirad! —gritó Adela—. El agua desaparece por esta cueva.

Kiki c. a. se inclinó.

—¡Dios mío! —dijo nervioso.

Luego hizo pasar a la ardilla por un estrecho pasadizo y los otros la siguieron con pre-

caución. Unos metros después llegaban al fondo de una cueva.

—¡Muchachos, esto es un descubrimiento! —dijo Rollo con alegría—. ¿Saldrán los traficantes por aquí al túnel?

—¡Bah! —dijo Adela—. Aquí nunca ha estado un hombre.

—Sí —dijo Félix—. Aquí hay incluso una prueba.

¿Cuál era la prueba para Félix?



9. Un hombre extraviado

El cabo de una vela era la prueba de que había habido alguien en la cueva.

—Probablemente los contrabandistas —dijo Adela.

—¿Y cómo han venido? —preguntó Rollo.

—Ni idea —dijo Félix—. Sólo sé que aquí, por alguna parte de la cueva tiene que pasar la frontera.

—¿Crees quizá que los contrabandistas...?

—¡Chist! —balbució Kiki c. a.

«La mano negra» escuchó atentamente.

—Son voces —murmuró Rollo después de un rato.

La pandilla siguió deslizándose por la cueva con precaución. Las voces se hacían cada vez más claras, y una lucecita se reflejaba en las rocas húmedas. Finalmente, la estrecha cueva se ensanchaba en una estancia amplia que estaba iluminada eléctricamente.

—Una cueva de estalactitas y estalagmitas —murmuró Adela—. Entonces la entrada tiene que estar al otro lado de la frontera.

Les fue fácil reconocer de dónde venían las voces, eran turistas conducidos por un guía extranjero. Pero «la mano negra» observaba con atención. Cuando el grupo llegó ante la estalactita «La nariz de bruja», Rollo se sobresaltó.

—Ha desaparecido un turista.

Adela examinó atentamente el grupo.

—Es cierto —dijo—. E incluso sé lo que llevaba en la mano.



¿Qué llevaba en la mano la persona que faltaba?

10. *Hay prisa*

—El hombre que falta llevaba una maleta en la mano —dijo Adela.

—¡Vamos! ¡Otra vez al túnel! —ordenó Félix.

«La mano negra» se deslizó de nuevo por el oscuro pasillo. Pronto se hizo audible un rugido lejano.

—Un tren —dijo Kiki c. a., y miró su reloj de pulsera—. Las 17.04. Ése es el tren en el que la banda quiere pasar el contrabando.

Mientras el ruido se hacía cada vez más fuerte, «la mano negra» llegó al túnel. La locomotora bufaba. Entonces vieron al hombre de la maleta que se subía al tren en marcha.

—¡Cuidado! —gritó Félix.

El tren pasó rugiendo ante ellos.

—Nos ha visto —gritó Adela—. ¡Vamos tras él!

La pandilla, tropezando con los travesaños y con gran esfuerzo consiguió llegar a la estación, aunque bastante agotada.

—¡Mirad allí! —jadeó Kiki c. a., y movió nervioso el índice—. ¡Es el coche de los traficantes!

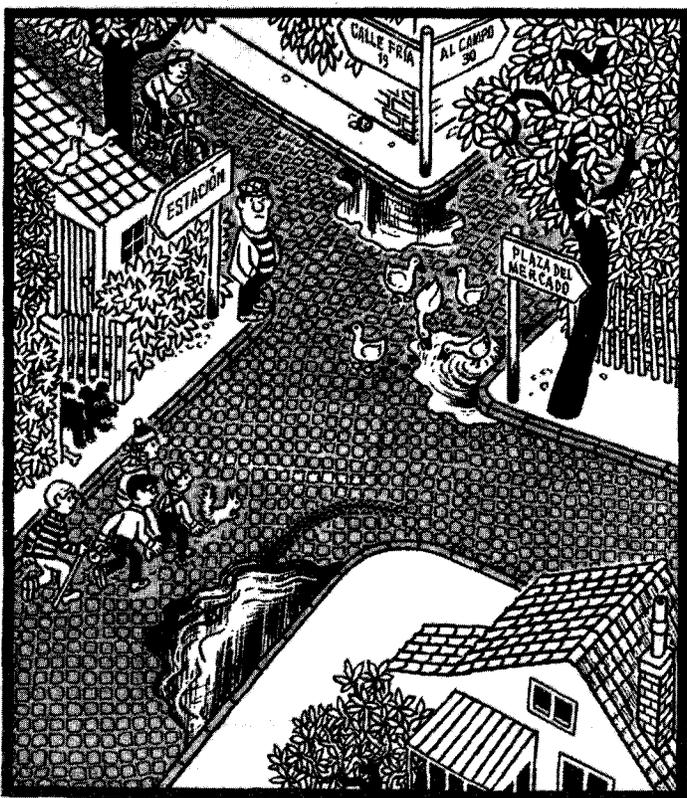
En el mismo momento el motor se ponía en marcha, y segundos más tarde partía a toda velocidad.

«La mano negra» corrió a lo largo de la calle de la estación y se paró en el cruce.

—¡Es inútil! —dijo Rollo abatido.

—Un momento —gritó Adela—. Aun así, está claro en qué dirección se han ido.

¿Qué camino había elegido la banda?



11. *Un asunto oscuro*

Al observar las huellas de los neumáticos, que aparecían junto a los charcos de lluvia, a Adela no le fue difícil descubrir que el coche había ido en dirección a la plaza del mercado. Cuando «la mano negra» llegó allí no se veía ni rastro del coche.

—¡Tengo una idea, muchachos! —dijo Kiki c. a.—. Quizá estén con Luis.

—Entonces ¿a qué esperamos? —dijo Félix jadeante.

Comenzaba ya a alborear cuando llegaron a la granja de tío Pablo. Entonces Kiki c. a. se paró de repente y dijo en voz baja:

—¡Mirad allí, un fantasma nocturno!

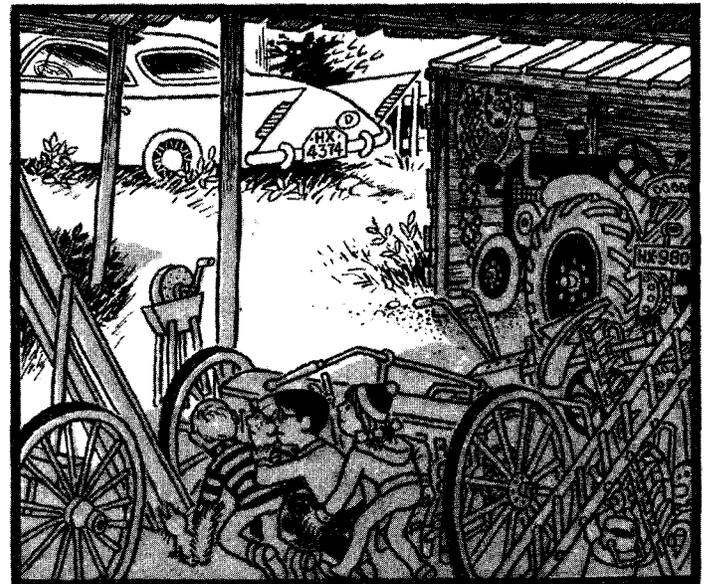
Era Luis que andaba tocando la pared de la casa y desapareció detrás del cobertizo. «La mano negra» avanzó cuerpo a tierra tras él.

—¡Cuidado! —avisó de repente Adela en voz baja, antes de que el resto de la pandilla descubriera el coche de los traficantes.

—¡Bajad la cabeza! —advirtió Félix—. De lo contrario nos verán.

Agazapados, oían murmullos ininteligibles y luego ruidos de herramientas y hojalata. Sólo una hora después volvió la tranquilidad al cobertizo. Toda la pandilla espiaba con precaución desde su escondrijo ya que el coche todavía estaba allí. De pronto, Rollo inspiró profundamente y dijo:

—¡Estos rateros! Ahora tengo claro qué hacían aquí.



¿Qué habían estado haciendo?

12. *Un señor elegante*

Ver que habían cambiado la matrícula del coche fue la señal de alarma para «la mano negra».

—Tenemos que informar a tío Pablo —dijo Rollo.

Encontraron a éste sentado en el salón escribiendo, y se rió cordialmente cuando la pandilla le contó el asunto de los contrabandistas.

—Pero ¡chicos! ¿Nuestro Luis un ladrón? ¡No! ¡Qué disparate! Venid, le preguntaremos a él mismo.

—¿Y si tiene un arma? —dijo Adela, preocupada.

—En mi casa no hay escopetas ni revólver. ¡Ni siquiera matamoscas de papel! —Tío Pablo se echó a reír otra vez y luego fueron todos juntos a la habitación de Luis.

Llamó despacio y al no contestar nadie intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Forzó la cerradura y la puerta se abrió. Luis estaba dentro, vestido como un señor elegante.

—¿Adónde va usted, Luis? —preguntó tío Pablo sorprendido.

—Yo, yo, vo-voy al cine —tartamudeó Luis.

—Bien, entonces no le molestaremos —dijo tío Pablo bonachonamente—. Pero esto no tiene sentido.

Entonces Rollo le tiró de la manga y le susurró algo al oído. E inmediatamente su tío miró hacia donde le indicaba y, admirado, silbó en voz baja; luego exclamó:

—Esto lo cambia todo.

¿Qué le hizo observar Rollo a su tío?



13. *El tiempo urge para Aguilar*

Rollo había descubierto una pistola sobre la cama de Luis. Cuando tío Pablo y «la mano negra» salieron de la habitación de Luis, respiraron hondo. El tío dijo en voz baja:

—¡De prisa, chicos! ¡Avisad al agente Aguilar! Tiene que venir en seguida. Yo cuidaré de que Luis no se escape.

—¿No sería mejor que telefonease usted? —preguntó Adela.

—No lo creo. Luis lo oiría, su habitación es contigua al cuarto de estar.

Los jóvenes abandonaron la casa de puntillas. Desde fuera pudieron ver con toda claridad cómo Luis espiaba desde la ventana de su habitación.

—¡A toda marcha! —mandó Félix.

Cuando cinco minutos más tarde entraron en la comisaría, el agente Aguilar no titubeó ni un segundo. Se puso de prisa su chaqueta de servicio y se ciñó el cinturón.

—¡Vamos, muchachos! —gritó—. Iremos en el coche.

Apenas hubo frenado éste ante la granja, los cuatro jóvenes saltaron fuera.

—¡Está todavía aquí! —murmuró tío Pablo, que había permanecido alerta delante de la puerta.

—Bien, vamos —dijo el agente, y desabrochó la funda de su pistola.

—¡Qué mala suerte! —gritó Félix—. Hemos llegado demasiado tarde. Mirad, Luis ha desaparecido.



¿Qué delató la huida de Luis?

14. *Kilómetro 57*

Félix tenía razón. Luis había escapado por la ventana y en el suelo se veía una maceta rota. «La mano negra» y el policía corrieron al cobertizo. Pero también el coche había desaparecido.

—¿Qué pasa con el coche? —preguntó el agente.

Kiki c. a. se lo iba a aclarar cuando Adela dijo de repente:

—¿Quiere usted venir aquí, por favor? —Y levantó un trocito de cartón que mostró en la palma de la mano.

—¡Caramba! —dijo el agente—. Esto procede de una caja de cartuchos. —Y sin esperar un minuto más, dio la alarma por teléfono a la comisaría más próxima. Luego gritó—: ¡Vamos, al coche!

—¿Adónde vamos? —preguntó Félix.

—¡En dirección al pueblo! —El agente pisó el acelerador y sólo se paró en el kilómetro 57—. Esto no tiene sentido. La banda ha tomado otra carretera. Bajad. Voy a dar la vuelta.

«La mano negra» ayudó al agente para que el coche no se deslizara a la cuneta. De pronto Adela gritó:

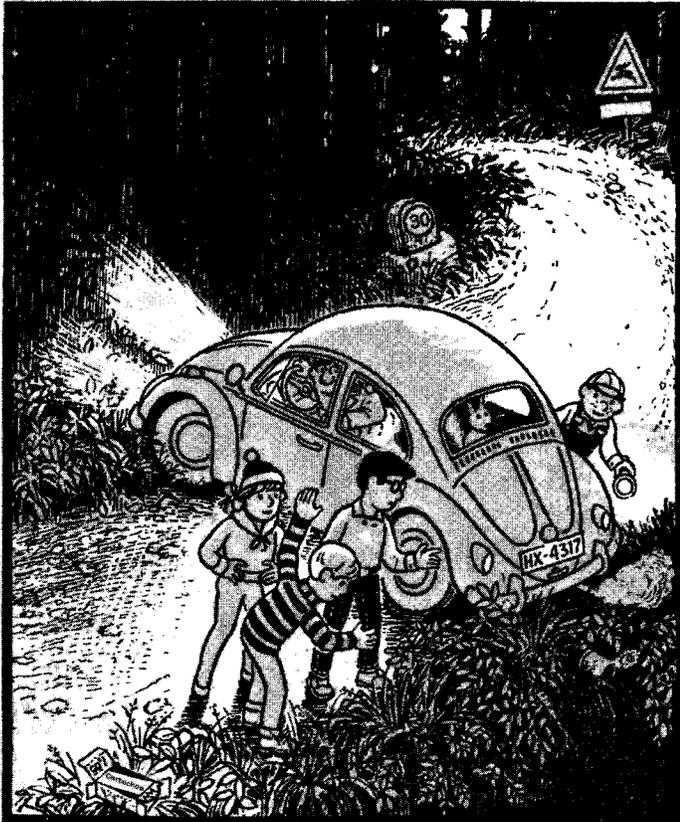
—¡Alto!

El agente Aguilar apretó asustado el freno.

—¿Qué pasa?

—Pero si vamos bien. ¡La banda ha pasado por aquí!

¿Qué había descubierto Adela?



15. *Obstáculo en la calzada*

El agente Aguilar miró la caja de cartuchos que acababa de descubrir Adela.

—El trozo de cartón que había en la granja corresponde a esta caja —aclaró.

«La mano negra» y el policía subieron de nuevo al coche y salieron disparados a toda marcha.

—Si no les alcanzamos antes de llegar al puente, se escapan —dijo.

Ocho minutos más tarde vieron brillar ante ellos una luz roja. El policía frenó en seco. El coche se paró delante de la luz.

La pandilla saltó fuera.

—¡Es la única posibilidad! —gritó Félix—. Pero ¡si es el inspector Faraldo!

Hasta el mismo inspector estaba desconcertado.

—¿De dónde venís?

—Estamos persiguiendo al coche de los traficantes —aclaró Rollo.

Faraldo contestó irónicamente:

—Ya los tenemos. Nos iban a atropellar.

Pero hemos puesto clavos en el suelo y se les han pinchado todas las ruedas. Hemos atrapado a dos hombres.

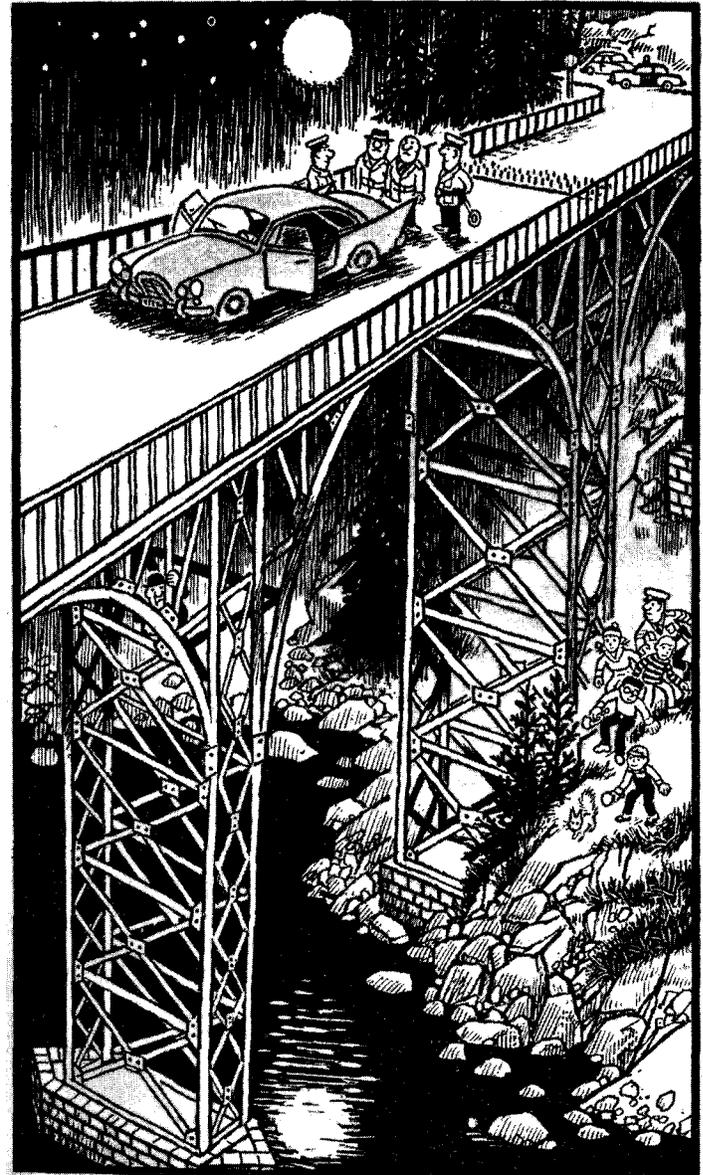
«La mano negra» reconoció en seguida a los traficantes.

—Ahora sólo nos falta Luis —dijo Adela.

—Cierto —añadió Faraldo—. El tercero se nos ha escapado.

Acompañados de un agente, los cuatro sabuesos bajaron por el terraplén.

—Mirad a ese lado —dijo de repente Kiki c. a.—, allí está nuestro querido Luis.



¿Dónde se había escondido Luis?

16. *En La Vieja Aduana*

Kiki c. a., que había descubierto a Luis colgado de la armazón del puente, corrió hacia la orilla del río, seguido por el resto de «la mano negra». El inspector Faraldo bajaba tras ellos.

—¡Baje usted inmediatamente! —le gritó a Luis. Éste no contestó—. ¡Contaré hasta tres! —volvió a gritar Faraldo, y empezó a contar.

Cuando había contado dos, Luis saltó al agua y luego no se oyó nada más.

—¡Ahora se nos escapará nadando! —dijo Adela.

—¡Bah! —refunfuñó el inspector—. El agua está aquí muy baja. ¡Vamos, al puente! Si no, escapará.

La pandilla corrió a la otra orilla y registró entre la maleza. Pero no encontraron ni rastro de Luis.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Rollo.

El inspector Faraldo se acarició la barbilla.

—Tengo que pedir refuerzos. Solos no lo encontraremos.

Entonces Félix señaló una casa que tenía una ventana iluminada.

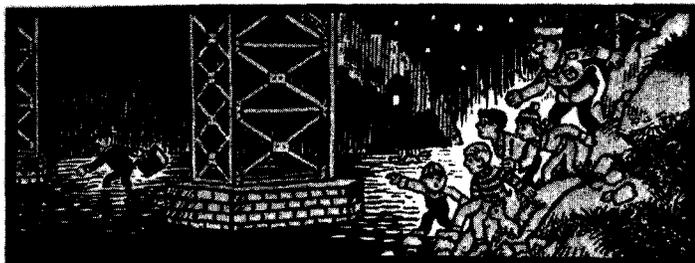
—¿Habrà corrido quizá hacia allí?

—Es La Vieja Aduana, una taberna —aclaró Faraldo—. Veamos qué hay dentro.

Poco después estaban delante de la taberna y miraban a través de la ventana.

—Ahí está nuestro Luis. ¿Le ve usted también, señor agente? —indicó Félix.

¿Cómo descubrieron a Luis?



17. *Un disparo*

—¡Bien, joven! —dijo el inspector Faraldo en tono cordial cuando Félix le hizo observar los pantalones mojados de un cliente de la taberna—. Ahora tenemos que detener a Luis. Actúa con disimulo.

El inspector abrió la puerta de La Vieja Aduana y entró. «La mano negra» le siguió. Luis, que había notado la corriente de aire, sacó inmediatamente su pistola, y disparó. Sonaron cristales rotos y el local se quedó a oscuras.

—¡Maldita sea! —exclamó el inspector Faraldo.

En el silencio se oyó chirriar una puerta claramente.

—¡La puerta está a la izquierda! —gritó Adela.

En el mostrador ardió una cerilla y entonces Faraldo vio también la puerta. Con la pistola en la mano se lanzó por ella, seguido por la pandilla.

Por un corto pasillo llegaron a un salón. Kiki c. a. dio la luz.

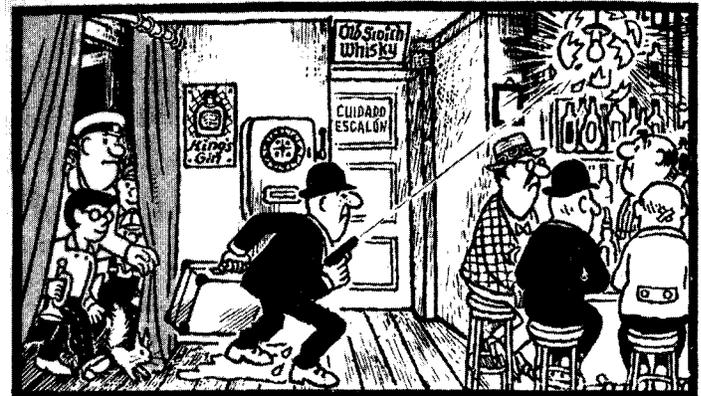
—¡Se ha largado... —refunfuñó Faraldo—
por la ventana!

Adela miró atentamente alrededor y dijo:
—Sin duda volverá.

—¿Por qué lo dices? —quiso saber el ins-
pector.

Entonces intervino Rollo.

—Adela tiene razón. Luis ha dejado aquí
su maleta.



¿Dónde vio Rollo la maleta?

18. *Chuchi estaba alerta*

El inspector Faraldo sacó la maleta de dentro del piano y la abrió. Estaba llena de cubitos para caldo. El inspector meneó la cabeza dubitativo.

—¿Serán drogas?

Félix sólo dijo:

—¡Pruébelo!

Faraldo tomó una pequeña cantidad y se estremeció. «La mano negra» tuvo que ayudar al inspector para que éste pudiera volver a cerrar la maleta. Y cuando la llave estuvo echada de nuevo, dijo amablemente:

—¡Muchachos, sois magníficos! —Y de repente gritó—: ¡Vamos, todos al coche patrulla! Necesitamos refuerzos en seguida si queremos capturar a Luis.

Tomó la maleta y fue hacia la puerta. En ese momento, fuera comenzó a ladrar un perro muy furioso. La pandilla se precipitó a la salida posterior del salón.

—¡Que venga el dueño! —gritó Adela.

Kiki c. a. echó a correr y volvió poco después con el tabernero.

—Ése es mi *Chuchi* —dijo el dueño, y encendió la luz del patio posterior.

Entonces, todos vieron por qué el perro estaba tan nervioso, ladrando ante un manzano. Luis se había subido a una rama, pero antes *Chuchi* había dado buena cuenta de sus pantalones.

—¡Cuidado! —gritó el inspector de policía—. ¡Está armado!

Pero Rollo se rió irónicamente.

—No temáis. El tipo ya no tiene pistola. Sólo tiene miedo.

¿Dónde estaba la pistola?



ROBO EN EL ZOO

1. *La foto del lugar de los hechos*

Tío Pablo estaba agitando todavía el sombrero cuando el tren entró en el túnel. «La mano negra» se dejó caer en el asiento.

—¡Uf! —se quejó Félix—. Han sido unas vacaciones de mucho trabajo.

Nadie dijo ni una palabra más hasta que el tren paró en la siguiente estación.

—¡Traficantes de drogas capturados! —gritaba allí un vendedor de periódicos.

Rollo se abalanzó a la ventanilla y llamó:

—¡Eh!, un periódico, por favor.

«La mano negra» se animó en seguida. Adela leyó en voz alta la noticia del periódico:

—«... y después de que el inspector de policía Faraldo se hubo incautado de la pistola que estaba debajo del cartel, detuvo al tercer cómplice».

Luego, Adela leyó otro titular:

—«Robo en el zoo». Extraña historia —dijo—. Y precisamente la pantera pequeña, la más valiosa de nuestro parque zoológico.

—Un caso para nosotros —opinó Rollo.

—Pero ya has oído que no hay ninguna pista —repuso Kiki c. a.—. Vamos a hacer el ridículo.

Rollo observaba con su lupa la ilustración del periódico. Inmediatamente gritó emocionado:

—Ya he descubierto aquí la primera pista. Mirad, el ladrón ha olvidado algo en el lugar de los hechos.



¿Qué había perdido el ladrón?

2. *El brazo largo*

Aquella misma tarde, «la mano negra» ya pedaleaba hacia el zoo y se detuvo ante la jaula de donde habían robado la joven pantera. Adela buscó debajo del arbusto y encontró la llave que Rollo había descubierto en la foto del periódico.

—Ya la tenemos —dijo satisfecha—. Ahora debemos comprobar de dónde procede esta llave.

—Será mejor que preguntemos al vigilante —opinó Félix.

Éste abrió unos ojos como platos cuando vio la llave.

—¡Caramba! ¿Cómo la tenéis vosotros?

La pandilla se presentó y le reveló el secreto.

—Ya he oído hablar de vosotros —dijo el vigilante—. Yo me llamo Roldán. ¡Ojalá atrapéis al que ha robado a la pobre *Ernestina*! ¡Mirad, allí estaba colgada la llave! —El señor Roldán señaló el tablero de llaves que había en la casa del vigilante.

—¿Estaba cerrada la puerta? —preguntó Rollo.

—Naturalmente, incluso con una cerradura de seguridad —contestó el vigilante.

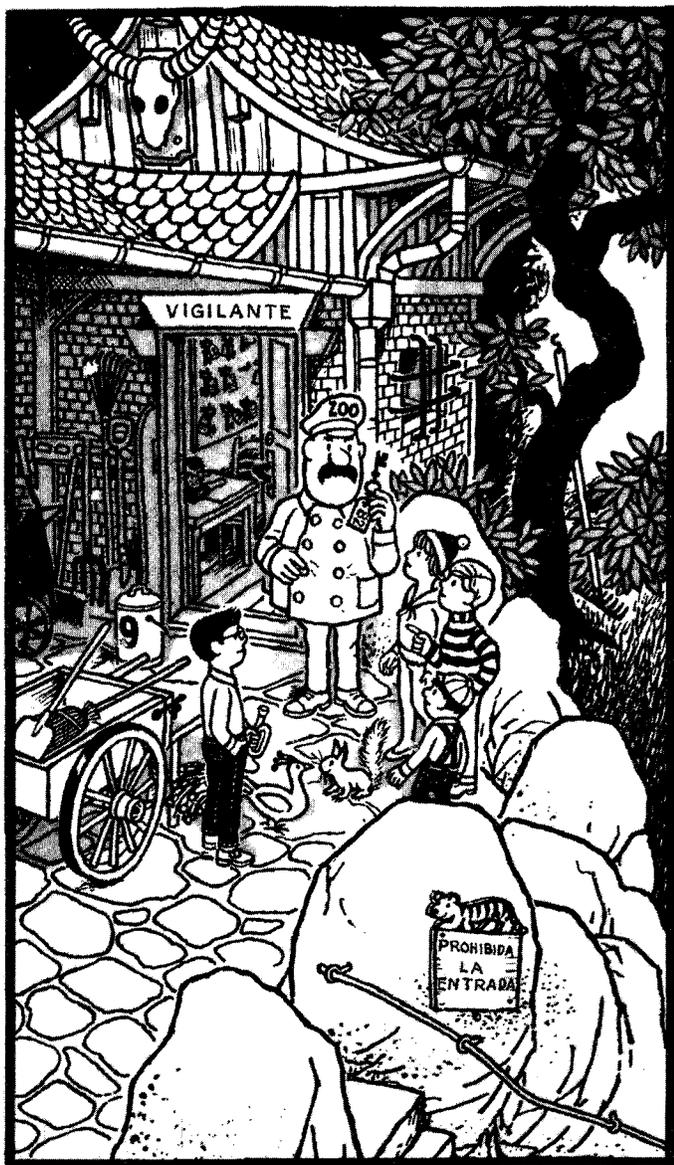
—¿Y la ventana?

—Estaba sólo entornada. Pero por entre las rejas no puede pasar nadie.

—A menos que tuviese un brazo de dos metros de largo —dijo Adela bromeando.

—Y lo tenía —respondió Kiki c. a.—. Mirad, ahí está.

¿Cómo robaron la llave?



3. Un peine

«La mano negra» pensaba que con un gancho en el mango, el rastrillo podía haber sido utilizado como anzuelo para coger la llave.

—Esto es obra de un especialista en el oficio —opinó Kiki c. a.

—¿Quién ha sido el último que ha utilizado el rastrillo? —preguntó Adela al vigilante.

—El último fue el jardinero. Ayer estuvo cortando el césped.

Félix se inclinó y examinó los cortes de la hierba.

—¿Qué clase de hombre es el jardinero? —se informó.

—Es difícil de decir —opinó Roldán—. No lleva mucho tiempo con nosotros.

En ese momento, Kiki c. a. señaló algo que estaba en la hierba.

—¡Mirad allí!

Kiki c. a. lo levantó en alto; era un peine de bolsillo marca Delux.

—Lo tiene que haber perdido el ladrón —reflexionó Adela.

—O el jardinero —se opuso Félix—. Yo opino que el jardinero puede ser el culpable.

La pandilla fue en busca del jardinero y lo encontró en el jardín de los dragones, segando césped.

—Hola, ¿qué hay? —les preguntó, y se secó el sudor de la frente.

—¿Perdió usted algo ayer? —preguntó Félix.

—¿Yo? No. No echo nada en falta.

—Es verdad —dijo Rollo riendo—, ya lo vemos.



¿Por qué no pertenecía el peine al jardinero?

4. El grito

—Desde luego, un hombre calvo no puede perder un peine —opinó Adela—. Pero ¿de quién será entonces?

Rollo examinó otra vez el peine con la lupa y descubrió un cabello negro rizado.

—Esto quizá nos ayude más adelante —dijo Félix, y metió peine y cabello en un sobre.

—¿Y ahora? —pregunto Kiki c. a.

—Ahora tenemos que buscar refugio rápidamente —dijo Adela—, pues está empezando a llover.

«La mano negra» corrió bajo el tejadillo que bordeaba la casa del elefante y observó con atención a los visitantes, que iban de prisa hacia la salida. Había pasado aproximadamente una media hora cuando un grito resonó en el parque. Luego se oyeron otros muchos gritos.

La pandilla estaba como electrizada.

—¡Allí! —gritó Félix, y señaló un edificio.

Echaron a correr y se pararon ante una pajarera. Félix miró alrededor rápidamente y mostró la puerta de la jaula.

—¡No está cerrada! —dijo—. Y ahí hay plumas.

—¿Habrán robado un papagayo? —preguntó Adela.

—Vamos a ver —dijo Rollo.

—¡En efecto! —contestó casi al mismo tiempo Kiki c. a.—, han robado una cacatúa. E incluso sé cómo se llama.

¿Qué nombre tenía la cacatúa robada?



5. ¡Aquí está Clara!

La cacatúa que habían robado se llamaba *Clara*.

—¡Qué lástima! —dijo el vigilante—. Es la que mejor hablaba de toda la familia de los papagayos.

—¿Y qué podemos hacer ahora? —preguntó Adela.

—No es fácil robar un animal que habla —opinó Kiki c. a.

—Exacto —dijo Rollo—. Si el ladrón lo tiene consigo, se delatará a sí mismo.

—Entonces tiene que sacar a *Clara* de la ciudad tan rápido como le sea posible —dedujo Kiki c. a.

—Por ejemplo, en tren.

Félix se apuntó a la frente con el dedo índice y gritó:

—¡Caramba! ¡Esto es algo! Tenemos que ir a la estación.

Estaban cargando el vagón postal del tren de la tarde cuando llegó «la mano negra». Se acercaron al carro de los paquetes y llamaron en voz baja:

6. Investigación por hilo

—Curioso nombre: lord Caro —dijo Adela.

—Posiblemente es un nombre falso —opinó Félix—. ¿Vamos a Villagarcía?

—Nos lo podemos ahorrar —dijo Kiki c. a.—. ¿Para qué está el teléfono?

Diez minutos más tarde «la mano negra» estaba en una cabina telefónica. Félix marcó.

—Estafeta de Villagarcía —respondió una voz.

—¿Conocen ustedes a un tal lord Caro? —preguntó Félix.

—Un momento, por favor.

El momento duró casi tres minutos y Adela tuvo que echar dinero dos veces, pues era una conversación interurbana.

—Esto va a ser muy caro —opinó.

—¡Chist! —dijo Félix, y escuchó con atención. Cuando terminó la conversación, respondió—: ¡Gracias!

—¿Qué pasa? —le preguntaron los demás.

—Como era de esperar, lord Caro es desconocido allí.

En ese momento, alguien llamó fuertemente a la puerta de cristal de la cabina.

—¿Cuánto tiempo vais a tardar todavía? —protestó fuera un hombre.

Kiki c. a. abrió la puerta.

—¡Entre, señor director! —dijo—. Hemos terminado.

Kiki c. a. le dio a Félix un codazo en el costado y anunció:

—Lord Caro irá en breve a Villagarcía.

—¿Es eso verdad? —preguntó Félix.

—Sí —contestó Kiki c. a. alegremente—. Tiene algo que hacer allí personalmente.

¿Qué profesión tenía lord Caro?



7. La señora mentía

El espectáculo Trix con el mago lord Caro se presentaba aquella misma noche. «La mano negra» acudió al teatro municipal y se coló en el patio donde los artistas descargaban el vestuario. Disimuladamente, observaban cuanto sucedía.

—¿Y si preguntamos quién es lord Caro? —dijo Rollo en voz baja.

—No —advirtió Félix—, así llamaríamos la atención.

—Claro, ¿sabes qué es mejor?

—Lo sé —dijo Adela—. Es mejor hacernos los tontos. —Se dirigió a una señora muy pintada que se esforzaba en sacar un maletín de entre dos cajas—: ¿Puedo ayudarla? —preguntó Adela, mientras la ayudaba a tirar del maletín.

—¡Muchas gracias! —dijo la señora.

—¡Cuántas cajas! —exclamó Adela sorprendida—. ¿Lleva usted animales dentro?

—Sí —contestó la señora—. Conejos y palomas.

—¿También lleva animales salvajes? —preguntó Adela, y pensó en la pequeña pantera que habían robado en el parque zoológico.

La señora la miró con desconfianza.

—¡No! —dijo secamente, y se marchó.

—Yo creo que miente —aclaró Adela un poco más tarde a los otros.

—Es posible —opinó Félix—. Pero no lo podemos probar.

—Sí que podemos —dijo Rollo—. Apuesto a que aquí también hay animales salvajes. Leed lo que dice allí.



¿Qué había leído Rollo?

8. El señor Heinrich

—Una caja que tiene la inscripción «Cuidado, animal peligroso», no creo que contenga precisamente conejos —aclaró Rollo.

—Mañana iremos a la representación —dijo Félix.

El programa comenzaba a las 16.00, y por fin se levantó el telón para el *show* mágico de lord Caro.

—Es una cacatúa —se le ocurrió decir a Kiki c. a. en cuanto vio un pájaro en el escenario.

También los otros lo habían visto. Pero ¿era en realidad *Clara*?

—¡Señoras y señores! —Lord Caro tosió ligeramente—. Primero quisiera presentarles al señor Heinrich, mi ayudante. —Lord Caro sostenía un micrófono ante la cacatúa—. ¿Tendría la bondad de saludar al público, señor Heinrich?

—Buenos días, señoras y señores.

Por el altavoz se oyó una voz como un graznido. Luego, lord Caro habló un rato con la cacatúa. «La mano negra» movía incrédula

la cabeza. No podía ser *Clara*. De pronto Félix se golpeó las rodillas.

—¡La cacatúa no abre el pico!

—¿Será ventrílocuo lord Caro? —murmuró Adela.

—Silencio —gruñó una señora junto a ellos.

Después de un rato Rollo dijo en voz baja:

—Nadie imita la voz de los pájaros. ¡Atención al cable del altavoz!

¿De dónde provenía la voz del pájaro?



9. Huella reciente

Un hombre, cuyas puntas de los zapatos asomaban por debajo de la cortina, imitaba la voz de la cacatúa.

—Tiene que venir el vigilante del zoo —susurró Félix—. Él conoce a *Clara*.

A continuación, abandonaron la sala y se dirigieron al zoo.

El vigilante estaba en el sector de fauna tropical.

—¡Chicos! —dijo—. Venís tan a punto como si os hubiesen llamado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kiki c. a.

—¡Nuestra pitón! Nuestra serpiente más valiosa...

—¿Muerta? —preguntó Rollo.

Roldán se enjugó la frente.

—Acababa de pasar por aquí, y vi correr a alguien por el sector de fauna tropical. ¿Qué es eso?, pensé. Me acerqué y me encontré con la sorpresa de que habían forzado la jaula. En el suelo estaba muerta la pitón. He ido a buscar en seguida al veterinario, el doctor Falter, y ahora...

—Ha habido suerte, Roldán —gritó en ese momento el doctor Falter—, la serpiente pitón sólo está aturdida.

—¿Cuándo vio usted al individuo? —preguntó Félix.

—Hace aproximadamente unos diez minutos —contestó el vigilante.

—Entonces las huellas serán todavía recientes. ¡Vamos, muchachos! ¡A la búsqueda!

Félix lanzó unas notas con la trompeta y «la mano negra» salió corriendo. Todas las instalaciones del sector de la fauna tropical fueron registradas en busca de huellas. Rollo extendió el brazo.

—¡Mirad! —gritó—, allí hay una botella.



¿Qué ponía en la etiqueta de la botella?

10. *La trampa de la foto*

—El éter es un narcótico —dijo Rollo—, quizá la botella pertenezca al ladrón del zoo.

—¡No toquéis nada! —ordenó Félix—. Seguramente, el ladrón volverá a buscar la botella.

—Y entonces caerá en la trampa —observó Rollo.

Los otros le miraron desconcertados.

—Es muy sencillo —continuó—. Montaremos una cámara fotográfica en una caja-nido, ataremos un hilo al disparador y el otro extremo a la botella. Cuando el ladrón venga a por la botella, él mismo hará funcionar el disparador y será fotografiado.

—¡Fantástico! —dijo Félix con admiración, y Rollo echó a correr en busca de su cámara.

Una media hora más tarde comenzó el trabajo.

—¡Ten cuidado de no borrar ninguna huella dactilar! —gritó Félix a Adela.

—No hay ninguna —repuso Adela después de haber examinado minuciosamente la botella—. Las ha limpiado todas.

—Eso no es exacto —dijo Kiki c. a.—. El malhechor no llegó a dejar ninguna huella dactilar en la botella.

—¿Cómo lo sabes?

Kiki c. a. señaló con un dedo.

—¡Allí está la prueba!

¿Qué había descubierto Kiki c. a.?



11. *Se busca a J. N.*

El guante que había descubierto Kiki c. a. tenía las iniciales J. N. y decidieron guardarlo como prueba. A la mañana siguiente, Rollo fue rápidamente al zoo, antes de entrar en la escuela, para examinar la trampa de la foto. La botella de éter había desaparecido y el hilo unido al disparador estaba roto. Con dedos temblorosos sacó la película del aparato y la llevó a revelar y ampliar. Por la tarde temprano, toda la pandilla fue a buscar la ampliación.

—¡Qué pena! —dijo Adela decepcionada—, sólo se ven los pantalones.

—Por lo menos es algo —opinó Félix—. ¡Vamos al zoo!

A la entrada se encontraron con el vigilante Roldán.

—Han robado la serpiente. Lo he descubierto hace aproximadamente diez minutos. Ahora tenemos que registrar a todos los que salgan, pero va a ser imposible.

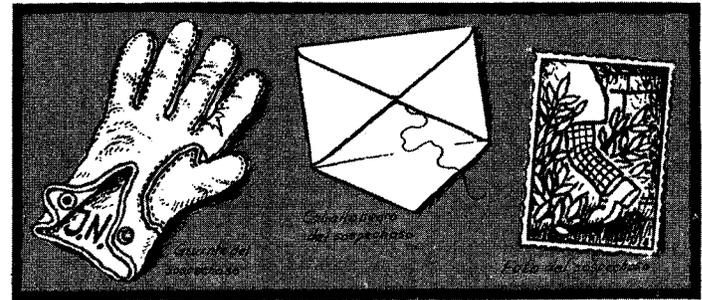
Félix reunió a la pandilla y se retiraron a deliberar.

—Veamos —dijo—, tiene el pelo rizado y lleva pantalón a cuadros.

—Y un nombre que comienza con J. N. —dijo Kiki c. a.

«La mano negra» estuvo observando atentamente a todos los que pasaban. Al cabo de dieciséis minutos Adela dijo de repente:

—¡Ahí viene el individuo que esperamos!



¿Quién era la persona que buscaban?

12. *Noriega se deja ver la cara*

Era el vendedor de helados Juan Noriega.

—¡Vamos! —ordenó Félix—. ¡Tras él!

Mientras seguían al sospechoso, Rollo dijo:

—Habría que inspeccionar el carrito de los helados.

Kiki c. a. meneó la cabeza dubitativo.

—No creo que lo permitiera el dueño.

—¿Y si nos compramos un helado? —preguntó Félix.

—Eso no está nada mal —dijo Adela.

«La mano negra» avanzó unos pasos y cerró el camino al carro.

—Buenas tardes —dijo Adela—, ¿tiene helados de vainilla?

—Se han acabado —refunfuñó el heladero. Luego empujó tan fuerte el carro que casi atropelló a Adela.

—Es usted un hombre encantador —dijo.

Por precaución esperaron unos segundos y se propusieron seguirle con cuidado.

—¡Bah! —se enfadó Kiki c. a.

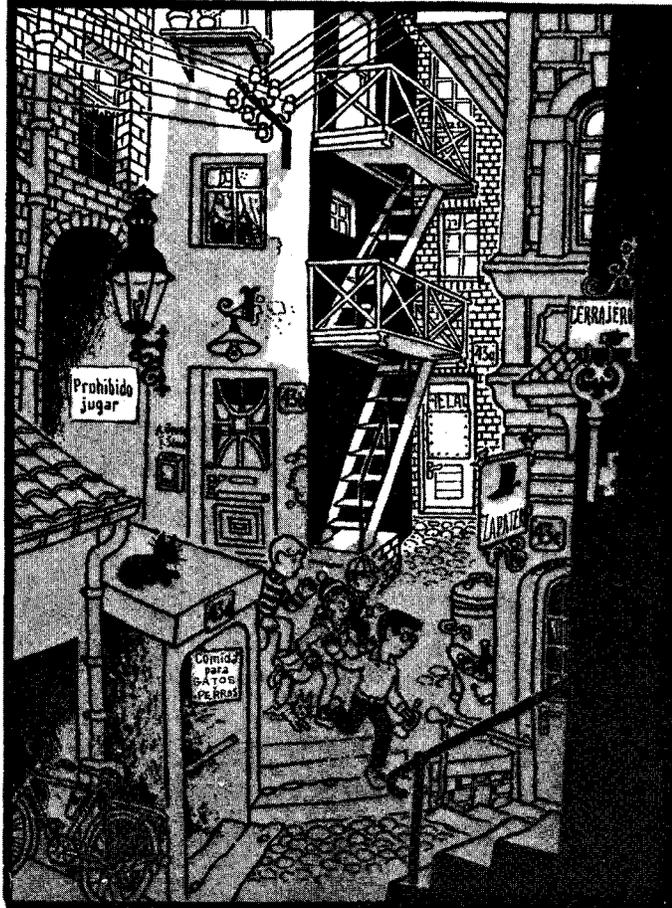
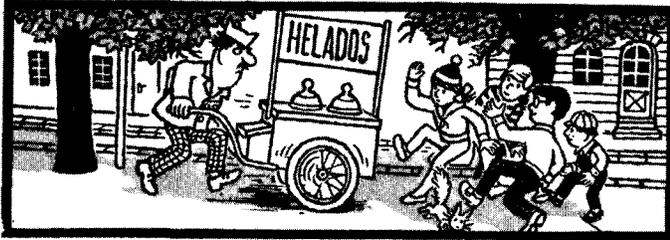
Pero cuando doblaron la esquina, el carro había desaparecido.

—No puede estar lejos —dijo Rollo—. Vigilaremos todas las puertas.

Abrieron la puerta de la primera cochera, pero no pudieron descubrir nada. Tampoco en la segunda tuvieron suerte. Luego pasaron al patio interior.

—Aquí está —gritó Rollo—. Mirad allí, en aquella casa.

¿Cuál era la numeración del portal?



13. *El buen oído de doña Encarna*

Félix se acercó a la puerta 43 A, dentro de la cual se veía el rótulo del carrito de los helados, e intentó abrirla.

—Está cerrada con llave —dijo a los otros—. Tenemos que esperar hasta que vuelva a salir Noriega.

Kiki c. a. señaló la escalera exterior de la casa contigua.

Quizá desde allá arriba podamos mirar por la ventana.

Sin pensarlo dos veces se deslizaron por la escalera de hierro. Cuando Félix llegó al segundo rellano, hizo una seña a los otros.

—¡Cuidado! —dijo en voz baja. Luego se tumbó.

Los demás se agacharon y espionaron la ventana desde los escalones.

—Pero si es Noriega —murmuró Rollo—. ¿Y quién será la señora?

—Probablemente la patrona —dijo Adela—. Escuchad.

La voz femenina sonaba enérgica.

14. *El hombre de negro*

Un cigarrillo humeante detrás de la puerta demostraba que Noriega no estaba solo en la habitación.

—¿Será un cómplice? —se preguntó Félix.

En ese momento Noriega descubrió a la pandilla delante de la ventana y rápidamente corrió la cortina.

—Tenemos que averiguar quién es el desconocido —dijo Rollo.

«La mano negra» abandonó el patio interior y se apostó a la sombra de un saliente de la pared. Llevaba esperando ya casi dos horas y a excepción de un perrillo gordo y de un gato, nadie había salido. Entonces se oyeron pasos.

—¡Chist! —chistó Rollo.

Una forma embozada salió.

—¿Qué lleva en la mano? —murmuró Kiki c. a.

—Parece como una funda de violín —opinó Félix en voz baja.

El hombre se dirigió a un coche, abrió la portezuela y puso el estuche negro en el asien-

to posterior. Segundos más tarde el coche había desaparecido.

«La mano negra» salió de la oscuridad.

—Si al menos le hubiésemos visto la cara —suspiró Adela desesperada.

—No te pongas nerviosa —la tranquilizó Rollo—. Me he quedado con la matrícula del coche.

Kiki c. a. se rió y guiñó un ojo.

—Yo sé cómo se llama ese hombre.

¿Cómo se llamaba el desconocido?



15. *El lumbago*

«Carlos Rosa», ponía en el permiso de conducir que asomaba por el bolsillo de la puerta del coche. Adela anotó el nombre que Kiki c. a. recordaba y se sorprendió.

—¿No os llama nada la atención? —preguntó.

—¿Te refieres a las iniciales Ca-Ro? —preguntó Rollo.

—¡Caro! —exclamó Félix—. ¡Lord Caro! ¡Nuestro mago!

Adela guardó el bloc:

—El caso está a punto para el inspector Fardalo —dijo ella.

Poco después estaban en la comisaría de policía número 11 e informaban de lo que habían averiguado hasta entonces. El inspector se preguntó dónde podría encontrar a lord Caro, y decidió llamar al teatro. Telefonó y después colgó el auricular despacio.

—Lord Caro está con lumbago en la cama. Vive en el hotel Monopol.

El portero del hotel les acompañó hasta la habitación.

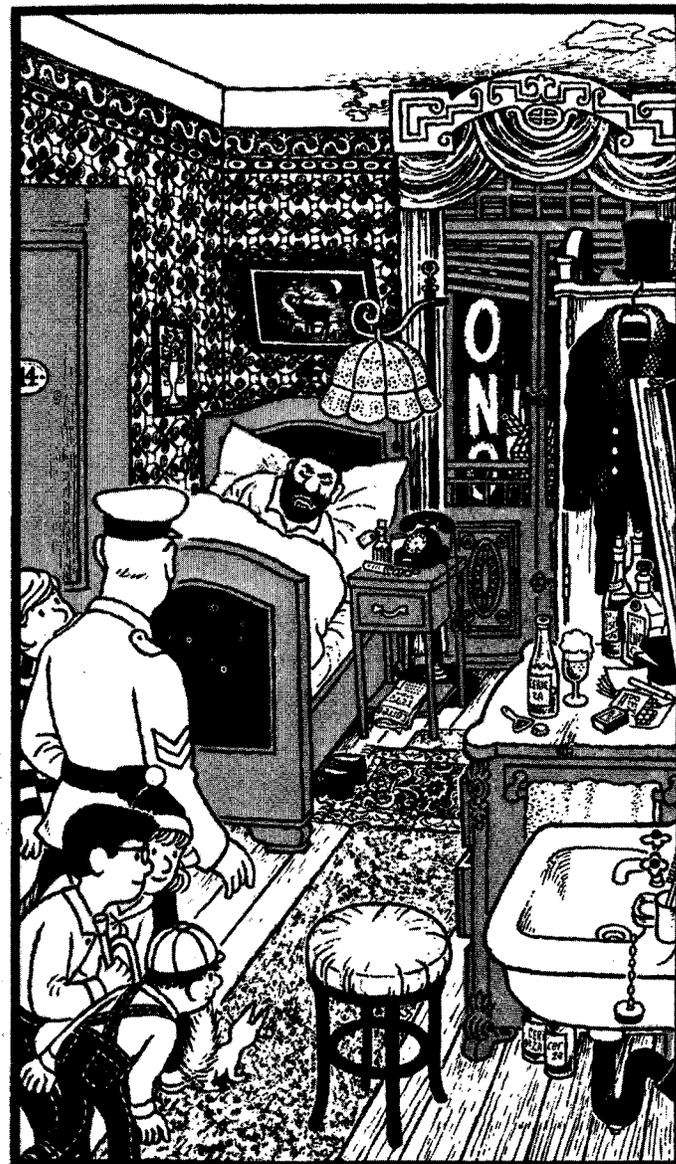
—¿Que si he salido hoy? —preguntó lord Caro con voz lastimosa—. Pero si no me puedo levantar. Lo está viendo usted.

Faraldo dudó antes de contestar.

—De acuerdo, ya me doy cuenta. Perdone la molestia.

Justo antes de salir de la habitación, Félix le tiró de la manga.

—Lord Caro miente —murmuró—, ha estado levantado.



¿Qué demostraba que había estado levantado?

16. *Una solemne tontería*

Cuando el inspector Faraldo vio en la cómoda la copa de cerveza, supo que lord Caro había mentido.

—Bien, que se mejore, señor —dijo saliendo de la habitación.

—¿No le detiene? —preguntó Adela.

—No —repuso el inspector—. Todavía me faltan pruebas.

Al llegar a la calle Félix gritó:

—¡Cuidado! ¡Lord Caro se ha levantado!

Detrás de la ventana una sombra se movía. Faraldo se frotó las manos.

—Ya está —dijo—. Ahora va a hacer una solemne tontería. Va a intentar huir. ¡Cuidado con la entrada!

«La mano negra» vigilaba la puerta giratoria del hotel. Pasaron aproximadamente veinte minutos, y de pronto Rollo se sobresaltó.

—Mirad, un hombre con maletas. Tiene que haber una salida posterior.

—¡Vamos tras él! —ordenó Faraldo.

Todos corrieron a la calle transversal, pero

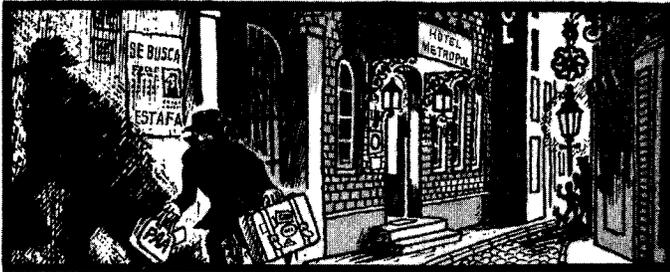
era demasiado tarde. El hombre había desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra.

—Es culpa mía —dijo Faraldo enfadado.

—Ya le encontraremos otra vez —opinó Adela.

—Desde luego —exclamó Kiki c. a.—, yo sé dónde está ahora.

¿Adónde había ido el hombre de las maletas?



17. Debajo de un tilo

El hombre había salido del hotel por la calle del Monte y desapareció en un coche. Afortunadamente, Kiki c. a. había reconocido la matrícula, LB-1327, del coche de lord Caro.

—Miremos en el teatro —dijo el inspector Faraldo.

Pero la matrícula LB-1327 no se veía por ninguna parte. Faraldo preguntó al portero.

—¿El coche? —El portero guiñó un ojo—. Estaba aquí. Lord Caro ha arreglado su remolque y ha invitado a su ayudanta a ir con él. Luego salieron zumbando.

El inspector de policía reflexionó un momento.

—No pueden haber ido muy lejos con ese pesado remolque —dijo—. ¡Vamos!

Después de media hora de búsqueda Adela gritaba:

—¡Alto! ¡Ahí está!

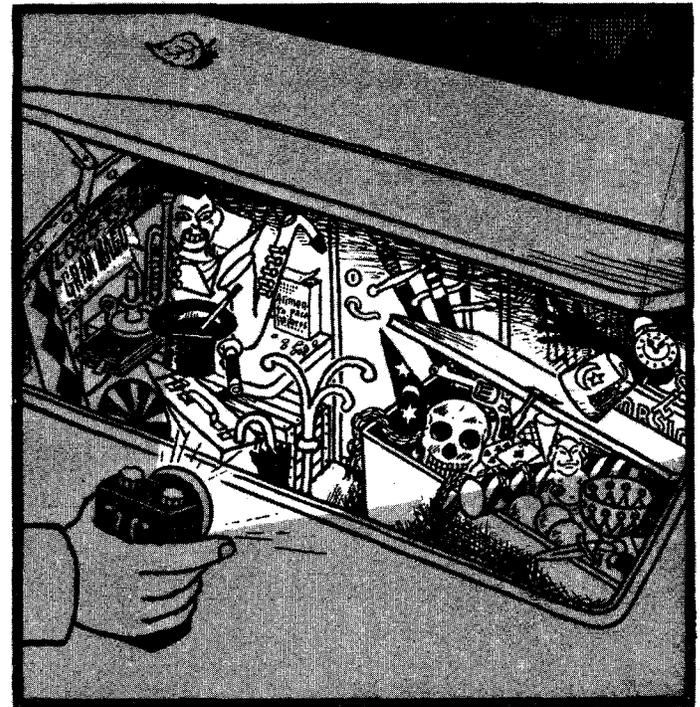
Junto al hotel Del Tilo estaba aparcado un coche con un gran remolque. Todo estaba en silencio, no se oía nada. Adela señaló hacia arriba.

—La claraboya está abierta —dijo—, desde el árbol podemos ver qué ocurre dentro.

El inspector y la pandilla treparon al tilo y con una linterna Faraldo enfocó el remolque.

—Nada —murmuró—. No hay rastro de los animales robados.

—Estamos buscando la pantera, la cacatúa y la serpiente —recordó Adela—. Algún animal tiene que estar aquí. ¡Ajá! Allí está la prueba.



¿Qué había visto Adela?

18. *El perjurio*

También el inspector Faraldo vio la comida propia de las cacatúas.

—¿Quién puede identificar al pájaro? —preguntó.

—El vigilante Roldán —exclamó «la mano negra».

—Bien —dijo Faraldo—. Yo informaré por radio a la central. Que lo traiga un coche de policía.

Media hora más tarde, Roldán, pegado al remolque, decía en voz baja:

—¿Dónde está *Clara*?

De la parte baja del coche contestó una voz:

—¡Aquí ehtá *Clara*! ¡Aquí ehtá *Clara*!

—¡Basta! —dijo el policía—. Ya es suficiente. ¡Esperad aquí! —Volvió en seguida acompañado por lord Caro y una señora muy pintada—. ¡Abra el remolque! —ordenó.

Lord Caro obedeció, y Faraldo entró en el coche. Oculta en la parte posterior se veía una puerta, que abrió.

—¡La pantera! —gritó Roldán—. ¿Y la serpiente pitón? ¿Y *Clara*? ¡Mi *Clara*!

—¡Aquí ehtá *Clara*! —gritó la cacatúa y agitó las alas.

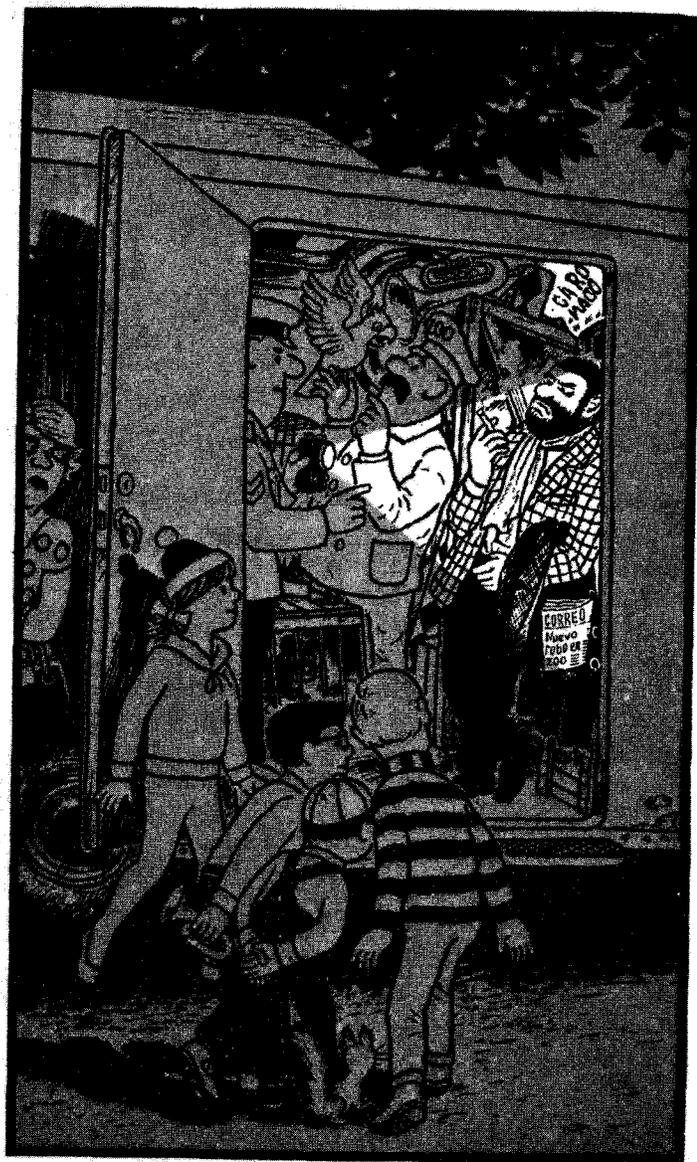
—¿Reconoce usted a estos animales? —preguntó Faraldo al vigilante.

—¡Claro que sí! —contestó—. Son los animales que robaron del zoo.

—Eso es ridículo —dijo lord Caro—, éstos los he comprado yo. No sé nada de que en el zoo hayan robado animales, puedo jurarlo.

—Sería un claro perjurio —dijo Rollo tranquilamente—. Es evidente que usted conocía estos robos.

¿Qué había descubierto Rollo?



19. La última prueba

El *Correo de la Mañana* en el bolsillo de su abrigo delató a lord Caro; no podía decir que ignoraba el robo del zoo. El mismo día por la tarde comenzó el interrogatorio en la comisaría de policía número 11.

—Yo he comprado los animales a un domador español —dijo lord Caro, luego mostró un papel—. Mire, esta factura lo prueba. Se llama Noratella.

Félix dio un paso hacia adelante y preguntó:

—¿No significa la N quizá Noriega?

—¡Yo no conozco a ningún Noriega! —contestó lord Caro.

—Ese punto lo comprobaremos en seguida —dijo el inspector—, visitando al señor Noriega.

Éste estaba en casa.

—Sólo unas preguntas —dijo Faraldo—. ¿Conoce usted a lord Caro?

—¿Lord Caro? No, no le conozco.

—Así que niega usted que haya tenido algo que ver alguna vez con lord Caro?

—¡Exacto! —exclamó Noriega con suficiencia.
—El señor Noriega miente —dijo Adela sin inmutarse.
—¡Eso es ridículo! —dijo Noriega, y se rió a carcajadas.
—Aquí en la habitación hay una prueba —dijo Rollo—. El señor Noriega ha enviado una hoja del almanaque como factura a lord Caro. El señor Noriega también es culpable.



¿Qué había descubierto Rollo?

20. El reportero Lozano

«... Debo daros las gracias por vuestra ayuda y os espero a las cinco en la cafetería del zoo. Vuestro amigo G. Torres. Director del zoo...» Así terminaba la carta que recibió «la mano negra».

Puntualmente, llegaron al lugar de la cita. Además del director apareció también el inspector de policía.

—No tenéis ni idea de la preocupación que me habéis quitado de encima —dijo.

El director del zoo pedía al camarero más nata batida para la pandilla.

—¡Buenas tardes a todos! —dijo un joven.

—El reportero Lozano, del *Correo de la Tarde* —presentó el inspector.

Lozano comenzó a preguntar.

—¿Así que robaron tres animales del zoo?

—¡Exacto! —dijo Félix—. Noriega los sacó en el carrito de los helados y luego los envió a lord Caro.

—Sí, y la hoja de calendario rota en la habitación de Noriega fue la última prueba —añadió Rollo.

El reportero miró con admiración a «la mano negra».

—Como somos cinco todo es más fácil —dijo Adela.

—¿Cómo cinco? —preguntó Lozano sorprendido—. ¿No sois cuatro?

—No, cinco —dijo Kiki, c. a.—. Mi ardilla pertenece también al grupo.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Lozano extrañado.

—¿No la ve usted? Está allí sentada —dijeron todos a la vez.

¿Dónde estaba la ardilla?



LOS DETECTIVES CAMPEONES

El reportero Lozano trabajaba con rapidez. Al día siguiente salió el *Correo de la Tarde* con un gran reportaje especial. Incluso apareció una foto de todos en la cafetería del zoo (aunque sin la ardilla, pues en el momento de la foto retozaba con los monos). «La mano negra» leía en silencio cuando Félix se echó a reír. Luego leyó en voz alta: «El *Correo de la Tarde* da la enhorabuena a los detectives campeones de "la mano negra"».

El número de respuestas correctas demostrará tu talento de detective.

De 1 a 20 respuestas acertadas: Consuélate, ningún campeón detective ha caído del cielo.

De 21 a 40 respuestas correctas: Tienes unas dotes de observación excelentes. Te puedes entrenar en casa, en la escuela y en la calle.

De 41 a 60 respuestas correctas: Tienes madera de campeón de detective y ya te puedes comparar con Sherlock Holmes. Pero piensa que él aprendió durante toda su vida.

ÍNDICE

La casa misteriosa

1. Una señal segura	7
2. El tacón en la pared	10
3. La ratonera	13
4. El mensaje sin hilos	16
5. El gabinete del señor X	19
6. La vitola dorada	22
7. Ojeada al escaparate	25
8. El sello falso de 50 rupias	28
9. Huida al canal	31
10. En la trampa	34
11. Aterrizaje forzoso	37

El tesoro en el lago de los Castores

1. Visita nocturna	40
2. La pista del tejado	43
3. La entrada de cine	46
4. El comando volante	49
5. La puerta cerrada	52
6. El pájaro voló	55
7. Los hombres rana	58

8. El collar	61
9. Pisándole los talones	64
10. Rita guardó el secreto	67
11. La última puerta	70

El túnel de los traficantes

1. Sucedió a las 17.04	73
2. El maletín enigmático	76
3. El agujero en el suelo	79
4. La llave	82
5. Buscado y encontrado	85
6. El secreto postal	88
7. El encuentro triple	91
8. Caminos oscuros	94
9. Un hombre extraviado	97
10. Hay prisa	100
11. Un asunto oscuro	103
12. Un señor elegante	106
13. El tiempo urge para Aguilar	109
14. Kilómetro 57	112
15. Obstáculo en la calzada	115
16. En La Vieja Aduana	118
17. Un disparo	121
18. <i>Chuchi</i> estaba alerta	124

Robo en el zoo

1. La foto del lugar de los hechos	127
2. El brazo largo	130
3. Un peine	133
4. El grito	136
5. ¡Aquí está <i>Clara!</i>	139
6. Investigación por hilo	142
7. La señora mentía	145
8. El señor Heinrich	148
9. Huella reciente	151
10. La trampa de la foto	154
11. Se busca a J. N.	157
12. Noriega se deja ver la cara	160
13. El buen oído de doña Encarna	163
14. El hombre de negro	166
15. El lumbago	169
16. Una solemne tontería	172
17. Debajo de un tilo	175
18. El perjurio	178
19. La última prueba	181
20. El reportero Lozano	184

<i>Los detectives campeones</i>	187
---	-----